

Beneficio y consagración de las cumbres: el caso de Los Fitos y la concurrencia Neolítico-Bronce antiguo en el área megalítica de La Cobertoria, Asturias

MIGUEL ÁNGEL DE BLAS CORTINA*

Resumen

La proximidad espacial en el collado de Los Fitos, a 1300 m de altitud, de un hemiciclo de pequeñas estelas datado en el primer tercio del IV milenio a. de C. y de un túmulo del Bronce antiguo, inscritos ambos monumentos en el área megalítica de La Cobertoria (Sierra del Aramo, Asturias), da pie a diversas consideraciones sobre la colonización de las cumbres montañosas.

La revisión de aquel acontecimiento en otras altas cordilleras de Europa occidental aporta un horizonte de referencia a la primera antropización del sector occidental de la cordillera Cantábrica. En un proceso de conquista de las montañas sometido a las oscilaciones climáticas, se entremezclan estímulos económicos y espirituales; doble vertiente del aprovechamiento y beneficio de aquel universo singular.

El enigmático hemiciclo es interpretado como filtro simbólico entre el espacio abierto de valles y otras montañas y el más restringido de la cumbre donde se yerguen los sepulcros megalíticos: la frontera pétreo, perenne, entre el espacio de los vivos y el sacralizado de los antepasados.

La erección casi 2000 años más tarde de un túmulo, la tumba de un arquero, significa tanto la permanencia de la vieja memoria mantenedora del prestigio de la cumbre como la búsqueda de la legitimación en aquel espacio de poder intemporal de las nuevas élites, probablemente beneficiarias de un nuevo recurso de la montaña: el mineral de cobre de las cercanas minas del Aramo, en explotación desde la segunda mitad del III milenio antes de Cristo.

Palabras clave: Neolítico, Bronce antiguo, colonización de las montañas, hemiciclo de estelas, fuego ritual, C14, túmulos con cámara en cofre pétreo, brazales de arquero y hachas planas de bronce, élites y minería del cobre.

* Área de Prehistoria, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo

Abstract

The spatial proximity on Los Fitos pass, at an altitude of 1,300 m, of a semicircle of small stelae dating from the first third of the 4th millennium BC and a Bronze Age barrow, both located within the megalithic area of La Cobertoria (Sierra del Aramo, Asturias), gives rise to various considerations regarding the colonization of mountain peaks.

The review of this event in other high mountain ranges in Western Europe provides a frame of reference for the first impact of humans in the western Cantabrian Mountains. Both economic and spiritual motivations come together in the process of conquering mountains subject to a changeable climate: the dual aspect of exploiting and benefitting from this singular universe.

The enigmatic semicircle is interpreted as a symbolic filter between the open space of the valleys and other mountains and the more restricted space of the summit where megalithic tombs stand – the perennial, stone frontier between the space of the living and the sacred ancestral space.

The erection almost 2000 years later of a barrow, the tomb of an archer, indicates the permanence of the old memory, upholder of the summit's prestige and the search for legitimacy within that space of timeless power of the new elites, who were probably the beneficiaries of a new mountain resource: the copper ore from nearby mines in the Aramo range, mined from the second half of the 3rd millennium BC onward.

Key words: Neolithic, Bronze Age, colonization of the mountains, semicircle of stelae, fire ritual, ¹⁴C, barrows with a stone coffin chamber, archer armbands and flat bronze axes, elites and copper mining.

Introducción

Desde el hombre aziliense, cuidadosamente enterrado en la cueva de Los Azules, hasta los dólmenes de las áridas sierras jordanas o el recinto religioso en el poblado de Jabel al-Mutawwaq que estaba estudiando, fue encontrándose Juan Tresguerres en sus investigaciones con vestigios multiformes del rito sepulcral y con ámbitos arqueológicos impregnados por la sustancia de lo sagrado. Es en esa dimensión supramaterial en la que se inscribe parte de nuestra aportación al homenaje póstumo a quien fue amigo entrañable y permanente cómplice intelectual durante más de tres decenios.

La progresiva apropiación de la montaña

Como no podría ser de otro modo, el ritmo y circunstancias de la antropización de la montaña no se sustentan en un proceso regular y continuo, sino que en el conjunto de las cordilleras de la Europa occidental fue consecuencia de procesos complejos que no se derivaban imperativamente de factores culturales. Según los datos actuales, sobre los que volveremos, las fases de expansión y declive de las sociedades agropecuarias, ganaderas en mayor medida, tanto en la media como en la alta montaña, suelen coincidir con episodios de calentamiento o de degradación climática (Magny, 2004; Galop, 2005).

La montaña agreste y abrupta, tantas veces vista como un “áspero territorio... un ámbito bruscamente diferenciado, a veces estéril e incluso hostil” (Martínez de Pisón, 2004), no dejaba de ofrecer puntos débiles, parajes vulnerables y travesías abiertas en los valles labrados por la erosión y transitados por cursos de aguas con sus fuentes originarias en lugares elevados, brotando a menudo no lejos de los collados y puertos que facilitan el paso de una a otra vertiente. Serían tales la mayoría de los itinerarios franqueados progresivamente por los humanos bajo el impulso de móviles tan diversos como las correrías venatorias, primero, y la obtención de determinadas materias primas, después; sin desdeñar éxodos y exploraciones animados por inquietudes diversas y, en ocasiones, difícilmente precisables.

El elevado arco alpino conoció ya la visita humana unos 8000 años a. de C., acontecimiento testificado por vestigios de campamentos al aire libre, en general inmediatos a los indispensables manantiales, arroyos y formaciones lacustres o en zonas próximas a los cols más viables. En otros casos se sustentó ese ascenso en indicios de actividades tan concretas como la explotación de filones de cuarzo para la confección de útiles. Los cazadores mesolíticos hallaron en zonas elevadas, de mínima o escasa densidad boscosa, la rentabilidad cinegética de una fauna variada compuesta por cabras monteses, gamuzas, ciervos e incluso marmotas (Thiérbault, 2005). Se deben a esa explotación alpestre los restos mesolíticos de Alp Hermettji, conservados en un abrigo bajo roca sito a 2600 m de altitud en el macizo del Cervino, estancia

datada en milenio VIII a. de C., con posteriores ocupaciones de pastores neolíticos y del Bronce antiguo (Cordy *et al.*, 1998).

No es por ello insólito que en las inmediaciones del lago Lauzon (Alpes del Sur), en altitudes de 2000 m, se atribuyan las señales primarias de asiduidad humana a grupos mesolíticos sauveterrienses, manifestándose ya un primer impacto neolítico hacia el 7400 cal BP. Para, posteriormente en el ciclo climático subboreal, ca. 5450 cal BP, hacerse firme la presencia de cereales y malas hierbas (Argant *et al.*, 2006).

Igualmente temprano, hacia el 5000 a. de C., ascendían en el verano gentes neolíticas hasta 2000-2400 m en el Piamonte italiano (Monte Viso y Monte Beigua) para beneficiar las canteras de jadeita, onfacita y ecogilita, rocas muy estimadas para la producción de buenas hojas pulimentadas de hacha, después distribuidas a cientos de kilómetros de distancia, fenómeno bien probado en los ricos ajuares vinculados a los monumentales megalitos bretones de Morbihan (Pétrequin *et al.*, 2006). Pero, sin duda, entre los testimonios más infrecuentes del trasiego social en los altos espacios se cuentan los hallazgos derivados de la retirada de hielo durante el cálido verano de 2003 en el Oberland bernés. En el campo de hielo de un col a 2756 m de altitud aparecieron objetos tan insólitos como un carcaj de corteza de abedul, un zapato y una pernera de pantalón, ambos de cuero –acaso los indicios más remotos de tragedias en la montaña– junto con materiales neolíticos y otros del Bronce antiguo, apuntando a la existencia en centroeuropa de fases climáticas suaves en los últimos 6000 años (Suter *et al.*, 2005).

Ciertamente, tanto en la cordillera alpina como en la pirenaica es aún muy fragmentaria la información al respecto. En el caso pirenaico, la normalidad del trasiego humano se produjo ya durante el Neolítico medio, detectado el aprovechamiento de los pastos en altitudes de 1500 a 2100 m en los Pirineos centrales y Ariège, mientras que en los Pirineos orientales y Cerdeña hay vestigios de cabañas a más de 2000 m de altitud, erigidas hacia 4200 a. de C. (Galop, 2005). Es probable que indicios más tempranos provengan de visitas esporádicas a ámbitos montañosos menos elevados, apuntando incluso al hecho de que la exploración y conocimiento de su potencialidad productiva ascienda a episodios paleolíticos como sabemos que ocurrió en la Sierra de Urbasa (Cava, 1990).

La primera antropización de la cordillera Cantábrica no es menos antigua, desvelada gracias a las investigaciones paleobotánicas. La turbera del Cueto de Avellanosa (Polaciones, Cantabria), a 1300 m de altitud, delata la acción humana hacia 5020-4820 BP, mientras que un depósito de la misma naturaleza, a 1570 m, en Valle de Lago (Somiedo, Asturias) apunta ese influjo por la deforestación y el incremento de las ericáceas en 5800 BP, primera mitad del V milenio a. de C. Desde luego, no es un fenómeno regular, precisándose episodios diferenciados según las zonas, asincronía que se traduce en una huella más precoz en la vertiente norte de la cordillera que en la orientada al sur, todo ello según la información latente en las turberas de Leitariegos y San Isidro (López Sáez *et al.*, 2006). Sin embargo, “antropización” no significa la ausencia de visitas y estancias en altas cotas, aunque no determinen una patente incidencia sobre el medio natural. El ejemplo más notable lo sustancia hoy el uso sepulcral en el Mesolítico (VI milenio a. de C) de una caverna en la Braña-Arintero, paraje leonés a 1498 m de altitud en la vertiente

sur de la cordillera Cantábrica, no lejos del Puerto de Vegarada (Vidal *et al.*, 2010). En el mismo ámbito montaños, otros dos yacimientos leoneses, la cueva de La Uña, ya con vestigios de acento aziliense y la cueva de El Espertín, también usada en el VI milenio, se localizan a más de 1200 m de altitud (Neira Campos *et al.*, 2006).

Serán aquí, en todo caso, los usos monumental, funerario, ritual, los que aporten la expresión más patente de la humanización de las cumbres, entendida como una forma de beneficio (simbólico, territorial, político) de los ámbitos dominantes, poco hospitalarios, en los que suelen varar niebla y nubes y donde los metereos siempre se manifiestan con fuerza. Túmulos y megalitos son asiduos en las montañas del cantábrico, a veces a altitudes considerables entre los 1000 y 1400 m (de Blas Cortina, 1996, 1997) y también en posiciones extremas como los seis erigidos entre los 1713 y 1827 m en los puertos de Riofrío, en la comarca de la Liébana, en el Oeste de Cantabria (Teira Mayolimi, 1994). Incluso se puede hablar de hábitats circunstanciales, también en el prólogo de la alta montaña, reconocibles en alguna sumaria estructura pétreo como la cabaña inmediata a los megalitos de la Peña Oviedo, en el sector santanderino de los Picos de Europa (Diez Castillo, 1996).

Así pues, la información aportada por la palinología no se contradice con la derivada de los testimonios arqueológicos más patentes, de modo que el caso que aquí analizaremos, la creación de estructuras ceremoniales o de función sepulcral en los 1200-1350 m de altitud en La Cobertoria, en la Asturias central, fue real hacia el 4000 a. de C. Cabe atribuir allí al impacto humano a la razonable apertura de pastos, el proceso de la mengua de robles y avellanos en paralelo con el incremento de gramíneas y helechos, además del de ericáceas y compuestas; alteraciones probablemente acontecidas en el tiempo de erección de los sepulcros megalíticos de la Mata'l Casare en el arranque de la vertiente oriental de la montaña (Dupré Ollivier, 1988, pp. 89-91).

El registro arqueológico de la excavación del megalito de la Collá Cimera y de su entorno, el sepulcro más septentrional de La Cobertoria, a 1285 m de altitud, habla de la práctica, más allá de la debida a la acción sepulcral, de actividades relacionadas tanto con el pastoreo como con la caza. Básicamente, un llamativo cúmulo de elementos instrumentales en sílex extraño a aquellos parajes y, especialmente, un elevado número de raspadores, ajenos por su ubicación extramonumental al ajuar megalítico, sólo pueden ser interpretados como relictos de trabajos entre los que gozaría de seguro protagonismo la preparación de pieles para su posterior curtido (de Blas Cortina, 1996).

La idea de que hubieran sido los nutritivos pastos polifíticos estivales el atractivo esencial para la transterminancia ganadera hacia los altos puertos no debe orillar el lógico aprovechamiento de otros recursos montañoses. Determinadas especies forestales como el roble, cuestión que tratamos en el análisis de la hoguera de Los Fitos, podían proporcionar un forraje nada desdeñable, opción no sólo acreditada en la tradición rural histórica, sino también en tiempos prehistóricos. La recolección de hojas de roble a 1385 m de altitud en el yacimiento de la Baume de Courtinasse, en los Alpes sudoccidentales, atendería la alimentación de pequeños rumiantes. Puestas a secar y almacenadas durante el verano eran beneficiosas

para la lactancia de los corderos (Thiébaud, 2005, p. 253). Otras observaciones en yacimientos lacustres neolíticos, partiendo de los excrementos de cabra y oveja (Rasmussen, 1993; Akeret *et al.*, 1999), iluminan una insospechada perspectiva de la gestión del bosque por el hombre prehistórico¹. En términos más concretos, el mantenimiento de un rebaño de veinte corderos requeriría, incluso disponiendo de algún pasto invernal, las ramas de setecientos veinte árboles que agrupados ocuparían una superficie de tres a cuatro hectáreas (Rasmussen, 1990).

Los rasgos definitorios del marco prehistórico de La Cobertoria

Los monumentos sepulcrales se yerguen siguiendo la línea cumbre de un cordal que con rumbo cercano al N-S constituye la prolongación meridional de la Sierra del Aramo, actuando la potente arista montañosa como divisoria entre los valles de Lena y Quirós, en la Asturias central. La ruptura estratigráfica con el Aramo y su potente masa de calizas de montaña se sustancia en este ramal orográfico en las rocas detríticas, areniscas y tramos de pizarra, en las que los procesos erosivos tallaron muescas y escalones propiciando lo que históricamente serán el propio puerto de La Cobertoria y la sucesión de pequeños collados que hicieron franqueable la circulación histórica entre una y otra vertiente (Fig. 1).

Como fijación toponímica de la percepción ancestral de los vestigios prehistóricos cristalizaron términos tan elocuentes como La Cobertoria –voz de origen latino y alusiva estructuras cubiertas–, Los Fitos –que refleja la existencia de elementos artificiales hincados en el suelo– o la Mata'l Casare –alusivo a las “casas”, en realidad megalitos, inmediatas a un grupo de hayas: la “mata”–.

Los lugares arqueológicos bien identificados y objeto de excavaciones sistemáticas entre 1980 y 1986 (de Blas Cortina, 1990; de Blas Cortina y Fernández-Tresguerres, 1989, pp. 115-133) se suceden de Sur a Norte con: a) los megalitos de la Mata'l Casare, en posición excéntrica sobre la ladera de fuerte pendiente, una anomalía que tiene su explicación en el aprovechamiento oportunista de un afloramiento rocoso, erigidos a una altitud de 1225-1230 m; b) un hemicíclo de pequeñas estelas y un túmulo pétreo en Los Fitos, a 1290 m; c) el megalito de El Llagüezu, marcando el vértice geodésico a 1330 m y, finalmente y tras una amplia muesca en la línea de cumbres, d) el megalito de la Collá Cimera, sito a 1285 m, ya en el área de la ruptura litoestratigráfica debida al contacto con la mole caliza de la vertiente sur del Aramo donde, a no mucha distancia, se destaca el Gamoniteiro a 1770 m.

1 Práctica aún viva en 1985 en Fontes de Corbeiro, lugar de las montañas de Cangas del Nancea, en Asturias, donde las hojas de roble eran almacenadas en lo alto de la cuadra, *tenada o barreiro*, para el consumo de las cabras en invierno, según noticia que debemos a Joaco López Álvarez, director del Museo del Pueblo de Asturias (Gijón). En Vigaña, concejo de Belmonte de Miranda, la recolección de las ramas de roble tenía lugar a fines de verano para almacenarlas tras su secado con vistas a la subsistencia invernal de ovejas y cabras. El mismo proceder, pero con hojas de fresno, se seguía para las vacas. Ambos usos llegaron hasta los años sesenta según información de Manuel Arias, vecino de la localidad belmontesa.

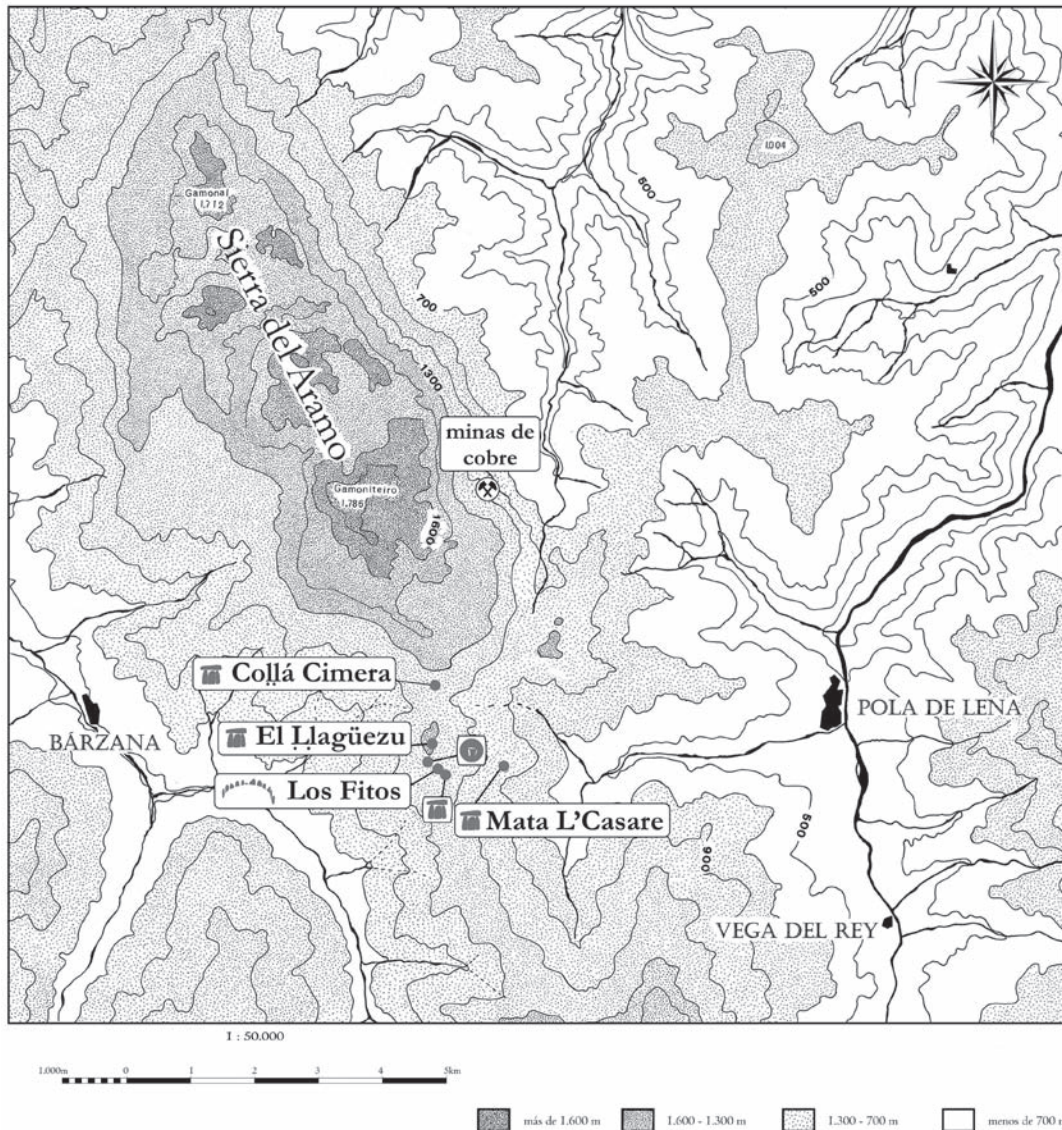


Fig. 1: Localización de la estación prehistórica de La Cobertoria sobre el sector meridional de la Sierra del Aramo (M. Á. de Blas).

Conviene destacar, como matiz inexcusable, que no son los datos altimétricos el valor absoluto a destacar, aún cuando el valle de Lena se hunde a sólo 300 m de altitud o el de Quirós a algo más de 400 m, lo que significa ascensos hasta el espacio arqueológico de 1000 m verticales. Es, sobre todo, muy poderosa la impresión de altura, de balconada extraordinaria

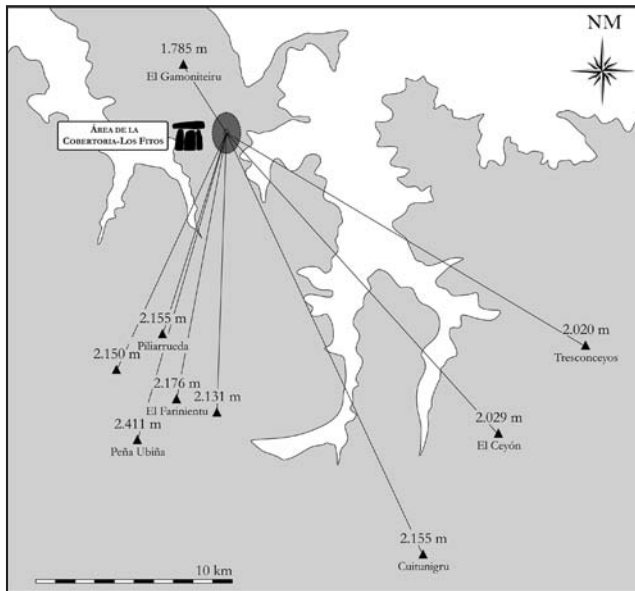


Fig. 2: La Cobertoria y su panorama, al sur, de altas cumbres (dibujo de M. Á. de Blas y Esperanza Martín).

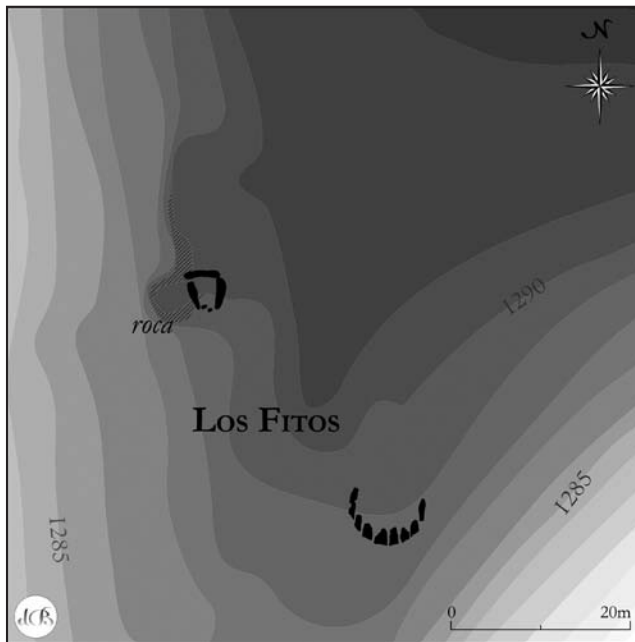


Fig. 3: Área de Los Fitos y posición del túmulo y del hemiciclo ortostático (M. Á. de Blas).

sobre un encrespado mar de cumbres, de dominio aéreo.

Si al norte de La Cobertoria se imponen los altos farallones calizos del Aramo, al sur el panorama es de un potente vigor orográfico, sucediéndose las cumbres que superan los 2000 m para culminar en el vértice de Peña Ubiña o Penoubina a 2411 m (Fig. 2). Con semejante entorno, la ubicación monumental prehistórica no nos parece que responda a la mera intención jurisdiccional; por el contrario, sería un error obviar la impresión de que es el universo de las alturas el determinante de esa elección funeraria, ritual.

El enclave de Los Fitos

El lugar es un pequeño y estrecho collado en el que elemento litomorfológico más destacado es un crestón rocoso que marca el inicio de la ladera occidental del cordal. La roca destacada no fue intrascendente o al menos no fue vista así en el pasado: de forma llamativa se apoya en la misma la masa pétreo de un túmulo de cámara cistoide. A su misma altura, pero algo más orientado a la vertiente opuesta y a sólo a treinta metros, se localizan los restos que dan nombre al paraje Los Fitos: una sucesión en línea curva de pequeñas lajas hincadas, sobre cuyo incierto origen y finalidad se especulara ya hace casi un siglo (Martínez Torner, 1917, p. 19). Ambos componentes monumentales, muy diferentes el uno del otro en forma y en correspondencia cronocultural, componen el llamativo binomio que aquí estudiamos (Fig. 3).



Fig. 4: El hemiciclo de Los Fitos desde el Este (M. Á. de Blas).

El hemiciclo ortostático de factura neolítica

Se levanta sobre un pequeño resalte abombado del terreno que desarrolla hacia el mediodía un ligero reborde tendente al semicírculo. Aprovechando este accidente topográfico y delimitándolo se yerguen, alineadas, una serie de pequeñas estelas de arenisca (de ca. 0,80 metros de altura la mayor) de las que todavía dieciséis continuaban en su emplazamiento original: otras, caídas o desplazadas de su primera ubicación yacían en las inmediaciones del alineamiento. Algunos huecos abiertos en el suelo, en los que se observaban piedras angulosas encajadas, se corresponderían con la cimentación de algunas de las lajas removidas y de otras desaparecidas (Fig. 4). A un par de metros al NE del semicírculo se aprecia una trinchera alargada: la aleatoria cata de un buscador de tesoros que se afaná en La Cobertoria poco después de mediado el siglo XX. El semicírculo describe un recorrido cercano a los 180°, del SE al NO, dibujando en gran medida el viaje solar diario (Fig. 5).

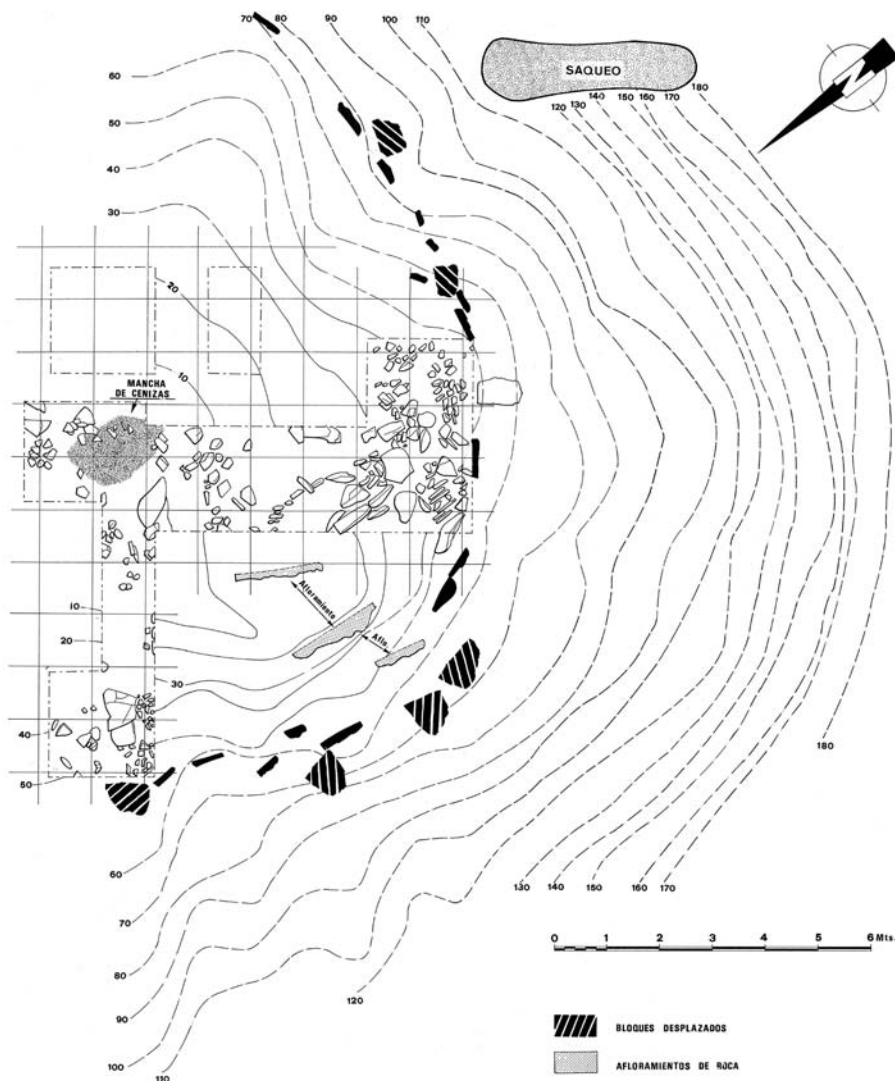


Fig. 5: El hemiciclo, con la distinción de las estelas *in situ* y las caídas o desplazadas, los afloramientos de la roca madre y las zonas excavadas en 1981-1982.

El sumario dispositivo ortostático se resuelve en una estructura modesta; tanto por su tamaño como por la entidad volumétrica de las lajas que la conforman. La superficie delimitada, cercana al semicírculo, es de 49 m² y la longitud diametral entre las losas más distantes entre sí de 14,60 m. Las pequeñas estelas son simples lastras, sin mayor arreglo formal, salvo el rasgo dominante, no exclusivo, de su extremo superior apuntado o groseramente arqueado. Quizá esa

escueta tendencia morfológica no sea ajena a una intención explícita, como tampoco parece serlo el hecho de que precisamente la lastra central (LC) tenga mayores dimensiones y el remate apuntado de mayor claridad (Fig. 6).

Las llamativas características de la estructura y la evidente elección de su enclave, junto con su injustificable utilidad en el tradicional aprovechamiento ganadero de la zona, además de la seguridad de tratarse de un territorio de uso ceremonial prehistórico, aconsejaron su excavación que tuvo lugar en los meses de julio de 1981 y 1982, en respectiva simultaneidad con los trabajos de la Mata'l Casare I y en el túmulo existente así mismo en Los Fitos.

La disección del hemiciclo mostró sobre el radio NE-SO (Fig. 7) un suelo poco profundo fruto de la alteración de la arenisca constitutiva de la roca madre. De 0,30 m de espesor, muy granuloso con pequeñas piedras y de color pardo amarillento, situado bajo la capa húmica (a), recubría de manera desigual diversos bloques de tamaños variados sin que se observara un orden claro, ubicada su mayor concentración en el sector central del alineamiento con plaquetas y fragmentos rocosos, de pequeño tamaño, materiales que en parte proceden del relleno de cimentación de alguno de los hitos, mientras que otros se deben a la fragmentación superficial del basamento geológico rocoso.

Nada, en suma, parecía haber existido al margen de la propia secuencia ortostática, salvo las más explícita localización, incuestionable por su tamaño y nitidez, de los restos de un fuego, vigoroso en su momento; también la presencia de algunos útiles de piedra y restos de talla.

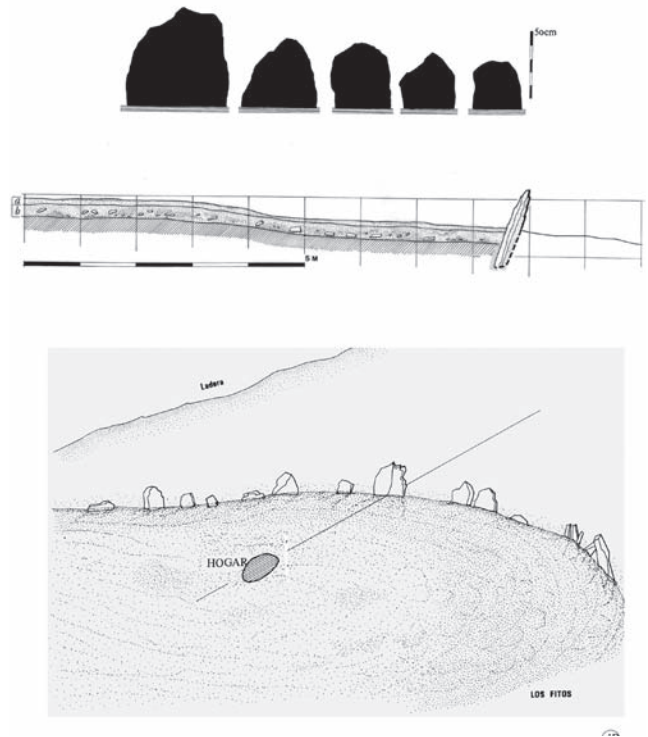


Fig. 6: Los Fitos: perspectiva general, secuencia estratigráfica de la sección radial (NE-SO) y morfología de las estelas (M. Á. de Blas).



Fig. 7: Los Fitos con la hoguera en primer término (M. Á. de Blas).

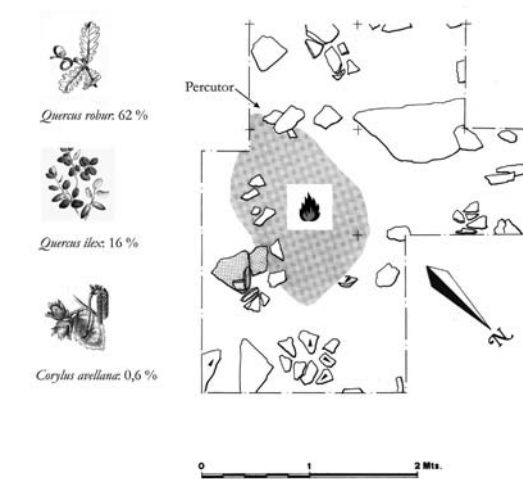


Fig. 8: La hoguera y las especies forestales quemadas (M. Á. de Blas).

La hoguera, el combustible empleado y su datación radiocarbónica

En lo que se puede entender como centro del semicírculo ortostático yacían los restos evidentes de un fuego que dibujaba en el *solum* una mancha negruzca de planta elipsoidal de 1,80 y 1,10 m en sus ejes. La composición cenicienta, las zonas de alteración térmica y la presencia de trozos de carbón vegetal precisaban el área alterada en contraste con la coloración amarillenta del horizonte arcilloso basal. La hoguera ardió en un lecho algo rehundido en las arcillas, en cuyo fondo se encontraban algunas piedras menudas y dispersas. Un grupo de pequeñas lajas hundidas en el suelo e inclinadas, sobre el borde E, parecen haber actuado como una mínima protección lateral del hogar (Fig. 7 y 8).

Las características de los vestigios harían de este dispositivo de combustión clasificable de forma genérica, según los tipos formulados, entre la sumaria "área de fuego" con los indicios en su periferia de rubefacción, depósito de productos carbonosos, cenizas, etc., el "hogar de fuego" (*foyer à plat simple*) y "hogar simple limitado" (*foyer à plat limité*), en este último caso, cuando existen en un borde varios bloques de piedra que servirían de apoyo a la hoguera (Gascó, 2003). Es evidente, sin que podamos precisarlo, que el fuego actuó con intensidad, si no responde a un acontecimiento repetido en distintas ocasiones, y también a que el combustible empleado hubo de ser cuantioso para sobrevivir la patente huella del fuego en un lugar de fuerte incidencia de procesos erosivos multimilenarios.

De algunas lajas depositadas en el suelo, una destacada se dispone cercana a la

hoguera, en su costado oeste; poco más se puede señalar salvo su proximidad en forma y tamaño a los ortostatos todavía *in situ*.

Del estudio antracológico de los carbones², correspondientes algunos a ramas y astillas, se concluye que el material leñoso proviene de la quema más abundante de roble (*Quercus robur* L.), un 62% del total, y un 16% de lo que seguramente fueron piezas de encina (*Quercus ilex* L.). Es probable que los carbones restantes, el 21,4%, mal conservados, provengan, al ser de leño poroso (angiospermas) igualmente de las especies señaladas. Con una presencia mínima, el 0,6%, se identifica además, en la muestra, una ramita de avellano (*Coryllus avellana* L.). El empleo de encina, en su variedad oceánica, que hoy alcanza los 600 a 650 metros de altitud en laderas orientadas al sur, tal vez pueda ser estimado como alusivo a un episodio de condiciones cálidas y áridas, factores climáticos propicios a la estancia humana en cotas altas. Pero también sugiere el necesario transporte de su leña hasta una hoguera que ardía en la línea de cumbres, acto que al mismo tiempo declara el empeño y trascendencia del uso del fuego en el hemiciclo.

Es razonable que en la economía del esfuerzo se realizara el aprovisionamiento de las especies forestales reconocidas en los bosques más próximos a la región de las cumbres, en la vertiente a mediodía donde abundarían las especies arbóreas de madera de buena combustión y alto poder calorífico. Aunque seamos conscientes de que el valor paleoecológico de las muestras de un único fuego –los hogares planos aportan siempre menos carbones que los de cubeta (March, 1992)– sea siempre limitado o discutible (Chabal, 1992), no es menos cierto que las angiospermas identificadas en Los Fitos se aclimatan bien en parajes serranos elevados y, en todo caso, su uso en el fuego que nos ocupa, probablemente ritual, podría deberse no a una mera colecta oportunista sino a la elección de la leña dotada de las bondades comentadas. No carece de interés esta consideración ya que el gasto específico de determinadas maderas, una precisa selección de las mismas, valoradas de acuerdo con factores diversos, es un proceder bien documentado etnográficamente (Smart y Hoffman, 1988; Zapata Peña, 1999).

Más extraña, por su mínimo protagonismo, es la quema de avellano, especie de menor rendimiento térmico que los quérquidos, aunque nada improbable en la zona, toda vez que sus árboles o arbolillos forman parte de los prebosques y de las orlas arbustivas de las carbayedas o robledales hasta los 1200 metros de altitud y que aparece también en los bosques mixtos de roble albar y fresno hasta los 1600 m o en el entorno de los hayedos entre 1200 y 1800 m, circunstancias establecidas en el ámbito de la cordillera Cantábrica.

Pensamos, no obstante, que la débil huella de *Coryllus* parece innecesaria ante la calidad y disponibilidad de *Quercus*; en consecuencia, cabe preguntarse si lo quemado fueron simples ramas, mera leña –en tal caso como materia de encendido por su ligereza y fácil combustión– o de modo bien distinto, si lo fue algún objeto de los producidos con una variedad forestal que

2 Que debemos al trabajo de los profs. Tomás E. Díaz González y María Isabel Gutiérrez Villarías del Dpto. de Biología de Organismos y Sistemas de la Facultad de Biología de la Universidad de Oviedo.

proporciona varas largas y elásticas usadas para la confección de mangos de útiles y armas, y también en recipientes o contenedores, por recordar algunas de las opciones frecuentes.

En fin, frente a la dificultad de recuperar muestras fiables para su medida radiométrica en las restantes estructuras monumentales de La Cobertoria, el fuego de los Fitos brindó la oportunidad de fechar por el C14 restos de la madera quemada procedente de tres sectores distintos del depósito de ignición:

Ua-35371	$\delta^{13} \text{C} \text{‰ PDB} (-26,6)$	5060 ± 40 BP	3950 (68,2%) 3790 <i>cal BC</i> 3970 (95,4%) 3760 " "
Ua-35372	$\delta^{13} \text{C} \text{‰ PDB} (-25,0)$	4985 ± 40 BP	68,2% prob.: 3890 (1.3%) 3880 <i>cal BC</i> . 3800 (66,9%) 3700 " " 95,4% prob.: 3940 (17.4%) 3860 " " 3820 (78.0%) 3650 " "
Ua- 35373	$\delta^{13} \text{C} \text{‰ PDB} (-25,8)$	5115 ± 40 BP	68,2% prob.: 3970 (26,1%) 3930 <i>cal BC</i> 3880 (42.1%) 3800 " " 95,4% prob.: 3990 (95,4%) 3790 " "

(Atmospheric data from REIMER *et al.*, (2004); Ox Cal v3.10 BRONK RAMSEY (2005); cub r:5 sd:12 prob usp[chron])

Es poco discutible la coherencia de las tres datas, delimitando un lapso temporal referido al primer tercio del IV milenio cal BC., más precisamente el intervalo 3960-3700 (Fig. 9), episodio que en las tierras bajas de Asturias se corresponde ya con la más nítida expresión de la arquitectura megalítica con su *floruit* en los dólmenes de pórtico como Entrerríos o Monte Areo XV y los de decoración pictórica interna como el de la Capilla de Santa Cruz de Cangas de Onís (de Blas Cortina, 1997b).

Los materiales de piedra asociados a la estructura

A una industria lítica apenas expresiva corresponden varias piezas localizadas en una relativa concentración en el sector radial excavado sobre el rumbo N.NO-S.SE, en la zona interna del semicírculo ortostático donde se reunían la serie ya señalada de piedras y bloques de disposición aleatoria. En claro contraste, fue absoluta la ausencia de hallazgos en las restantes áreas excavadas lo que tal vez pudiera de sentido a la concentración aludida, teniendo siempre en cuenta la parquedad de lo inventariado.

Consiste en un pequeño lote de elementos en el que predominan las lascas de cuarcita, entre las que las de mayores dimensiones alcanzan los 60-70 mm de longitud; partículas atemporales en las que cualquier arista toleraría su uso como útiles circunstanciales e inmediatamente abandonados tras su breve empleo. Indicios, por tanto, de trabajos poco complejos pero efectuados en el lugar. Sea cual fuere su aplicación, el hecho de que la corteza de algunas lascas conserve las denominadas "huellas de impacto creciente" denuncia su origen en cantos rodados en un medio aluvial, por ellos extraños al medio litológico en el que se asienta la estructura prehistórica.

Comentarios similares son los inspirados por la mínima representación de lascas de sílex (siete en total), salvo el hecho de que sus dimensiones son bastante menores que las de las aludidas cuarcitas, proporciones coherentes con la escasez habitual de la más cotizada roca silíceo. Ofrecen, sin embargo, el detalle llamativo de su diversidad: materias primas salidas de distintos yacimientos minerales.

Concluyen el grupo de productos informes varios fragmentos de cuarzo blanco, y cuatro de cristal de roca, de los que tres presentan en diferente grado facetas de la morfología cristalina característica. Son frecuentes esta clase de elementos minerales en contextos megalíticos, a veces con cristales excepcionales, lo que delata su integración hoy inaprensible en el universo ritual de los grandes sepulcros neolíticos, circunstancia que otorgaría un vago sentido a su presencia en el hemiciclo.

Cuatro únicas piezas pueden ser reconocidas como tipos líticos discernibles. La de mayores dimensiones (62 x 20 x 15 mm) (Fig. 10, 5) es una lasca en forma de gajo, de amplio cortex lateral y retoque sobreelevado

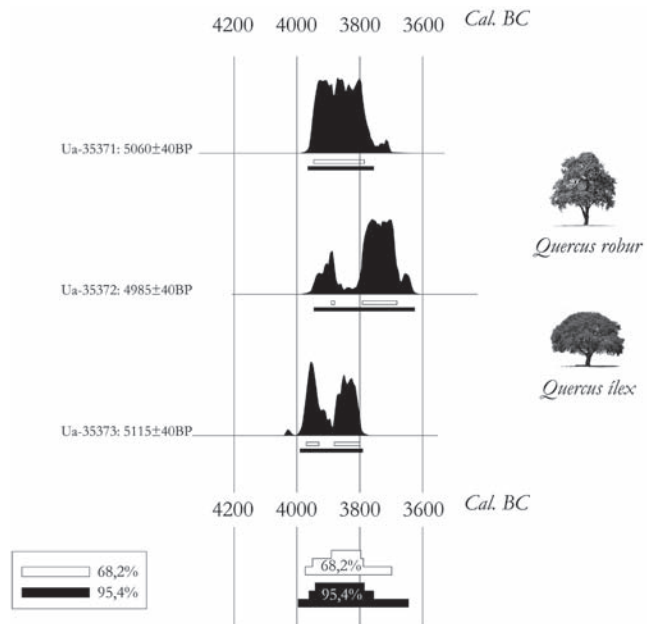


Fig. 9: Fechas radiocarbónicas de la hoguera de Los Fitos (M. Á. de Blas y Esperanza Martín).

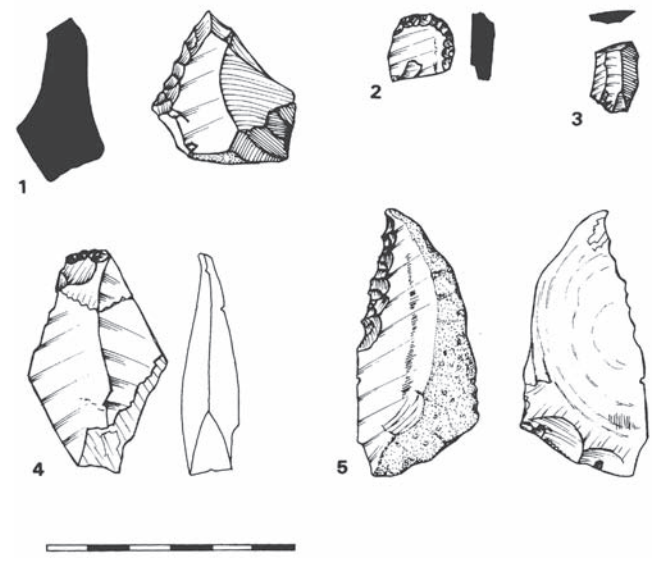


Fig. 10: Hemiciclo de Los Fitos (M. Á. de Blas).

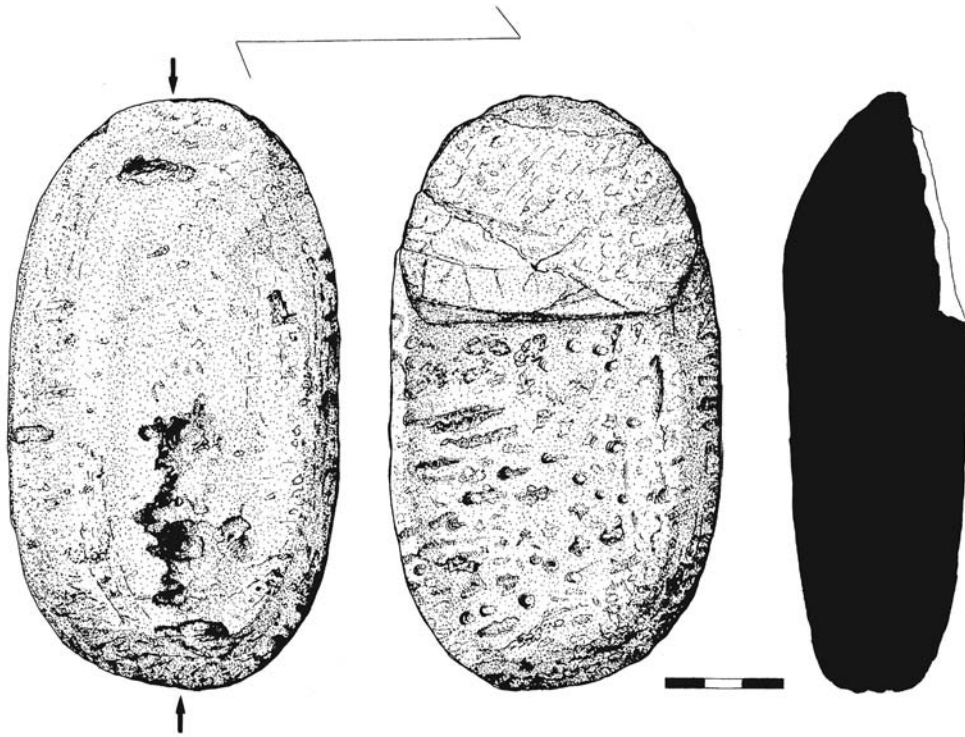


Fig. 11: Hemiciclo de Los Fitos (M. Á. de Blas).

marginal directo en el borde mesodistal izquierdo. Presenta, además, dos golpes sobreelevados en el extremo proximal, con retoque abrupto, muy marginal, inverso, en su interior. Clasificable como pieza denticulada o acaso como raedera lateral, lo más ilustrativo es su naturaleza litoestratigráfica: sílex cretácico (Santoniense-Cretácico superior), de génesis marina, de color amarillento e intrusiones de fósiles característicos, rasgos que permiten su identificación como procedente de uno de los característicos cantos de la depresión del río Piloña (Santamaría *et al.*, 2011) en la Asturias centro-oriental. Los aproximadamente 50 kilómetros que separan en vuelo de pájaro Los Fitos del sector del río Piloña de donde procede el sílex, no se corresponden con la distancia real impuesta por la enrevesada estructura tanto orográfica como hidrográfica del territorio, lo que aporta pruebas claras de la circulación neolítica de materias primas.

Quizá tenga la misma procedencia, en este caso un sílex tabular, radiolarítico, un pequeño raspador en lasca de rotura proximal y retoque abrupto directo en el extremo distal y en el lateral derecho (Fig. 10, 2). Por el contrario, de probable origen exótico, extrarregional, es el fragmento proximal de una laminita de sílex veteadado, con tonos blanqui-azules y marrón-rojizos, fracturada en su extremo distal (Fig. 10, 3), indicio, una vez más, de la escasez de sílex y de la probable frecuencia de su importación.

Cierran el escueto repertorio de las piezas talladas una denticulada de cuarcita, de talón cortical y retoque sobreelevado espeso, con reavivado marginal directo ubicado en el lado izquierdo de la zona mesodistal (Fig. 10, 1), y una larga lasca de cuarcita de grano fino y talón liso con retoque abrupto muy marginal, directo, en la parte derecha del extremo distal (Fig. 10, 4).

De características bien distintas es el útil sobre canto aplanado (136 x 79 x 43 mm), un elipsoide triaxial casi perfecto (Fig. 11) que se hallaba depositado en el borde SE de la hoguera. La roca original es sedimentaria, del Carbonífero; una grauvaca inmadura, en términos cristalográficos, compacta y llamativamente pesada (707 gr) al ser su densidad 2,72 g/cm³. El canto, de origen fluvial, presenta huellas nítidas de trabajo con repicados y microfracturas en polos y lados, además de una gran rotura por impacto en uno de los extremos. Las pequeñas cazoletas y hoyuelos en las caras delatan también, al igual que distintas abrasiones y desgastes, el carácter multifuncional de lo que entendemos como una suma de percutor, yunque y piedra molendera, aunque la revisión al microscopio de los poros superficiales no haya dado indicios de alguna materia ajena, vegetal o mineral, al sedimento en que se hallaba.

Procede probablemente el canto de los depósitos fluviales cercanos a La Cobertoria, pero localizados en cotas mucho más bajas, lo que viene a probar que no fue un útil de fortuna, si no resultado de la elección de una roca compacta, densa y tenaz, de un instrumento multifuncional transportado expresamente hasta las alturas de Los Fitos, superando centenares de metros de desnivel. Su localización junto al fuego resultaría normal en un escenario doméstico, como residuo de la vida ordinaria, pero menos inteligible en la arista de un collado barrido por los vientos, expuesto sin protección natural a todos los meteoros. Afectado por una amplia rotura, sería una pieza abandonada sin más consecuencias, salvo que atendiéramos la inasible hipótesis de la "rotura ritual", esbozada en diferentes ocasiones a propósito de la presencia de piezas de triturado, casi siempre en fragmentos, sitas en contextos tan inapropiados como túmulos y dólmenes (Cordier, 1991, p. 63), si consideramos que el de Los Fitos es también un ámbito funerario y monumental.

Poco más cabe anotar sobre una arquitectura tan simple como apenas explícita, salvo recordar el mismo carácter inextricable de otros ejemplos siempre en ámbitos megalíticos, renunciando, en todo caso, a traer a la memoria los *cromclechs* de los Pirineos occidentales que con una similar elección de las altas cumbres, responden a claras prácticas de incineración en siglos previos al cambio de Era. En la propia sierra del Aramo, algo más arriba del paraje de la Collá Cimera, en Los Veneros, ciertas formas circulares a base, aparentemente, de pequeñas piedras alineadas, apenas resaltan en un paisaje calizo dominado por las irregularidades formales del lapiaz. Inexplicables, quizá por nuestra ignorancia de la diversidad de los usos pastoriles, en términos funcionales en un lugar tradicional de estancia ganadera estival, quién sabe si pudieran remitirnos a la época prehistórica en que La Cobertoria conoció los episodios inaugurales de antropización; hay, sin embargo, diferencias ya apreciables como su ubicación en un espacio cerrado pese a su altitud, en la vertiente de una gran hondonada en cuyo fondo se instala una charca de buenas proporciones, un *llagu* en la lengua local, buen abrevadero para las vacas que pueblan lo que es todavía una tradicional braña.



Fig. 12: El túmulo de Los Fitos antes de las excavaciones (M. Á. de Blas).

El túmulo y la roca (Bronce antiguo)

El túmulo aprovecha para su ubicación un ligero plano que limita por el Oeste con un afloramiento rocoso que determina un neto escalón en la ladera. Lo más notable del afloramiento es un espolón de volumen próximo al tronco de pirámide que se eleva hacia el S.SO, inclinado a modo de proa (Fig. 12).

La elección del enclave es evidente, expresada esa voluntad de ubicación por el contacto de la arquitectura prehistórica con la roca llamativa en una relación de contigüidad tan acentuada que excluye la casualidad. Al mismo tiempo, el dominio visual desde el lugar, aéreo, es amplísimo, en especial sobre el valle de Quirós y, al fondo próximo, la abigarrada secuencia de cumbres de la cordillera Cantábrica.

El túmulo está compuesto, en exclusiva, de una bien organizada acumulación de bloques de arenisca, volumen que determina una planta próxima a una elipse, de diez metros en el eje NO-SE, mientras que NE-SO no llega a los ocho. La irregularidad de la planta responde a la señalada subordinación al espolón rocoso (Fig. 13 y 14).

La construcción siguió una cuidada disposición de los materiales, colocadas las piedras en escamado desde el centro a la periferia. Es más nítido tal dispositivo en el entorno de la cámara



Fig. 13: El túmulo tras la primera fase de excavación en 1982 (M. Á. de Blas).

en un amplio arco de 180 grados, entre los rumbos NO y SO, donde se disponen lajas de 0,70 x 0,40 m de promedio. Las excavaciones mostraron que el borde de la arquitectura estaba definido por una banda de bloques de buen tamaño (entre 0,70 x 0,60 m y 0,40 x 0,30 m) colocados sobre el *solum* sin llegar a estar clavados o encajados en el mismo.

Llama la atención una ligera prolongación o apéndice del túmulo en su sector este: una sucesión de piedras, de forma ordenada, que delimita una superficie rectangular de 1,50 m². Excluido como muy improbable el carácter accidental de esta plataforma resulta un elemento más de la estructura prehistórica aunque de incierta función. Situada en el perímetro, pudiera tratarse de un empedrado de acceso al monumento y su situación a levante no deja de ser sugerente. Entre otras consideraciones posibles, su eje de simetría prolongado hacia el rumbo E alcanzaría el semicírculo ortostático erguido a sólo una treintena de metros. Tal clase de observaciones nos llevan a idear la posibilidad de un espacio ceremonial original más complejo que el que ahora vemos, en el que acaso otros componentes todavía persistan soterrados en las inmediaciones de las estructuras emergentes y exclusivamente diseccionadas por las excavaciones.

Sea como fuere, un rasgo notable en la composición del túmulo es la existencia de dos alineamientos de bloques, en curva y disposición apaisada, que enmarcan la cámara en el

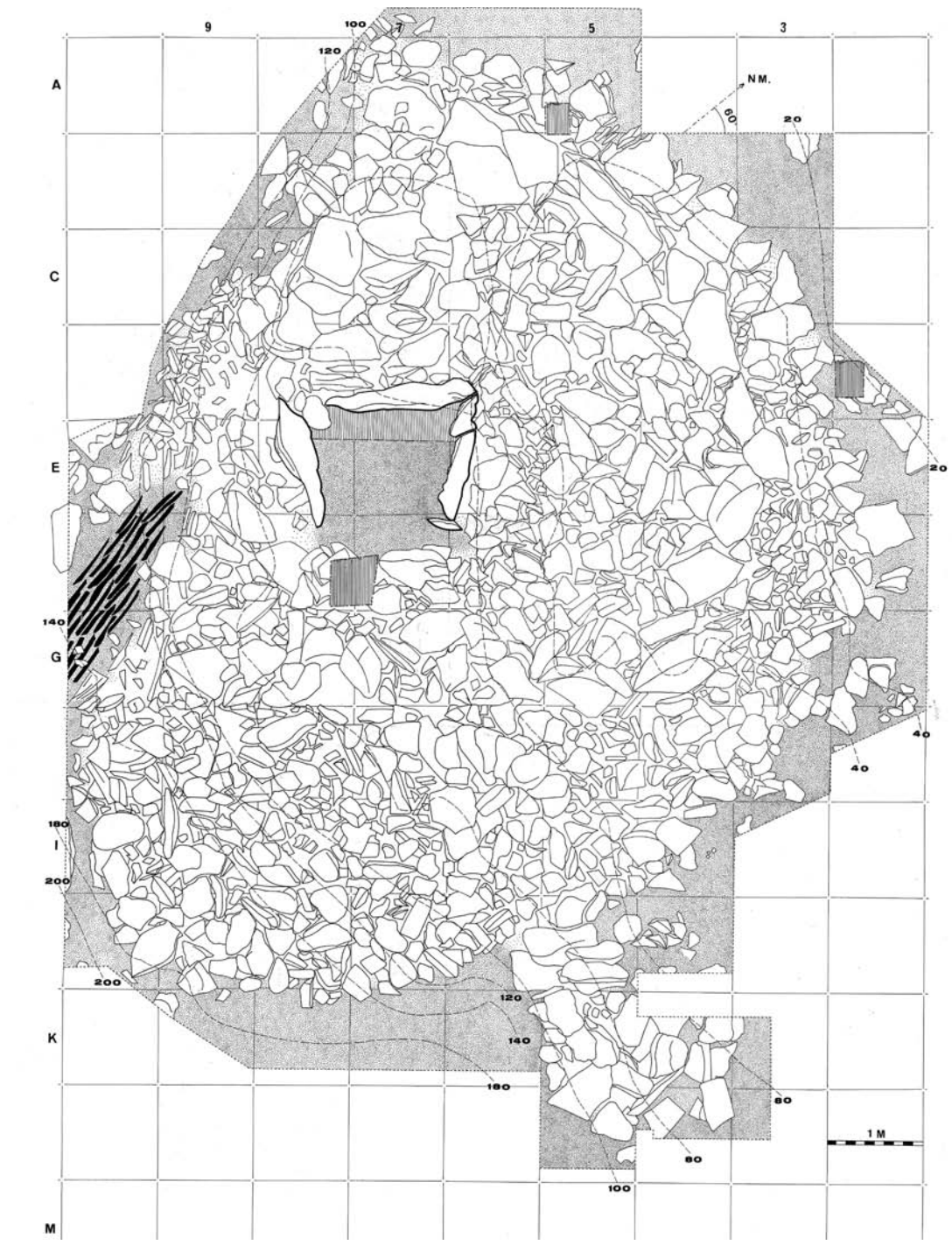


Fig. 14: Planta del túmulo y su contacto con el afloramiento rocoso (haz de bandas en negro).

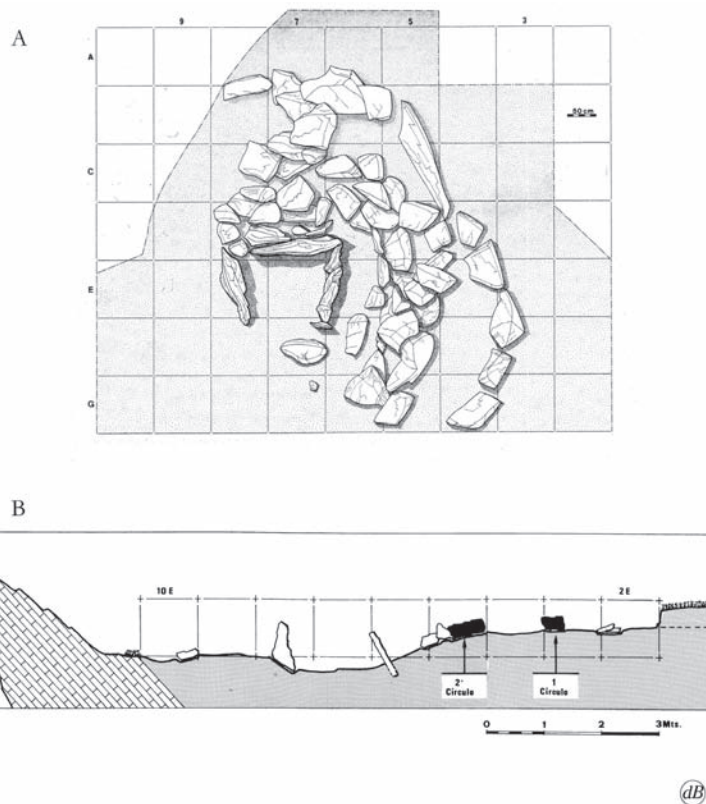


Fig. 15: La cámara y la representación parcial de los pseudoanillos de bloques (A) y sección con la cámara, los anillos y la roca (B).

sector O.NO-E, que en el tramo SE se confunden con las gruesas lastras acomodadas en escama e integrantes del cuerpo del monumento (Fig. 15 y 16).

Una primera impresión es que tales anillos jugaran como contención de los empujes radiales del propio cuerpo del túmulo; los bloques del anillo externo, subparalelepípedicos de pesos y dimensiones estimables (bases de 0,80 x 0,60 m y 0,50 x 0,20 m) apoyarían esta opción. Ciertamente, los anillos corresponden al primer episodio constructivo, yacentes sobre el suelo, momento al que también se debe la excavación en el *solum* del hueco en el que sería después instalada la cámara. Sin embargo, el cuidado juego de equilibrio de los materiales constitutivos del cuerpo del túmulo, su ajuste minucioso, hacen innecesario el dispositivo de aquellos alineamientos curvados que no jugarían como elementales contrafuertes.

La exclusión de intenciones estrictamente arquitectónicas nos orientaría a una lectura no funcional de este dispositivo considerando que pudiera responder a la delimitación tanto



Fig. 16: La cámara y, en primer término, el alineamiento curvado de grandes bloques (M. Á. de Blas).

real como ideal del espacio sepulcral; la materialización de un ámbito segregado del resto del espacio natural, ámbito con un destino muy concreto no sólo como tumba, sino también como lugar de conmemoración perenne.

Pensamos entonces en la misma fórmula ya registrada en el gran túmulo megalítico de cámara pseudohipogéica que denominamos Monte Deva III, en las inmediaciones de Gijón (de Blas Cortina *et al.*, 2007), interpretada tal instalación circuncéntrica como relativa a la preceptiva ritual determinante de las peculiaridades del sepulcro; un orden constructivo en uno que los sucesivos anillos vendrían a resaltar la trascendencia de los hechos que se producen en el centro del ámbito por ellos encerrado: el círculo como forma protectora que cohesiona cuerpo y alma presente en el universo mental de numerosas culturas. Hablaríamos entonces tanto de delimitación o protección física como simbólica de la cavidad estrictamente funeraria (de Blas Cortina, 2010b).

La relación entre los diferentes elementos de la edificación es discernible por el buen estado del cuerpo del túmulo en el que sólo se apreciaban pequeñas alteraciones debidas a los inevitables saqueadores. Una de esas violaciones afectó a la periferia SE-E, denunciada por la abundancia de cascajo de piedra y la ausencia de los bloques comunes a todo el conjunto. En el sedimento inmediato al túmulo fue observada la inversión estratigráfica de sus componentes causada por un saqueo: los materiales del *solum*, limolitos y roca alterada, se superponían al sedimento acumulado sobre la estructura prehistórica con posterioridad a su construcción y uso funerario.

Por su parte, la cámara, peor conservada, compone un recinto ortostático subrectangular (Fig. 17), con una superficie interna de 1,60 x 1,30 m, en la que corresponde una sola lastra a cada lado –rota en dos pedazos la que clausura el NE– y desaparecida la situada en el SE, al igual que ocurriera con los elementos de cubrición: una probable losa de cobertera. El análisis de la base de las lastras parietales permitió observar su sistema de cimentación, fijadas con pequeñas cuñas de piedra. La sumaria estructura cistoide o en cajón se encajaba en las arcillas de alteración del *solum*, mientras que el vaciado del espacio interno en aquel suelo estable otorgó a la cavidad mortuoria un mayor ámbito.

La disección arqueológica del cofre sepulcral nos permitió distinguir la incidencia de varias violaciones, apareciendo colmatado por un revoltijo de piedra negruzca, entremezclada con un sedimento amarillo debido a los limolitos locales. En el fondo del área expoliada se apreciaba una película de tierra oscura cuyo origen cabe atribuir a las filtraciones derivadas de los saqueos señalados, con la normal migración hacia debajo de la materia orgánica.

Los objetos hallados

No son impertinentes las alusiones hechas a los saqueos de la cámara, de ellos el más reciente, realizado en fecha desconocida aunque probablemente en los años setenta del siglo XX, tuvo como protagonista a un activo buscador de tesoros residente en Pola de Lena y con Teódulo como nombre de pila; saqueo positivo, ya que se topó en el cajón pétreo con un hacha metálica y un extraño objeto de piedra, piezas que pudimos recuperar gracias a la inestimable ayuda de

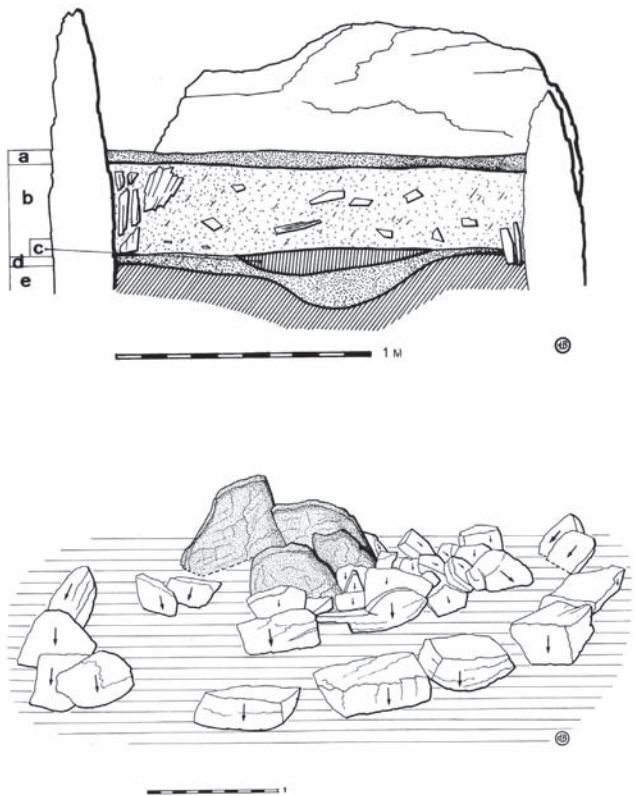


Fig. 17: Los Fitos: secuencia estratigráfica de la cámara afectada por diversos saqueos (arriba) y perspectiva de la caja pétreo y de los pseudoanillos (abajo) (M. Á. de Blas).

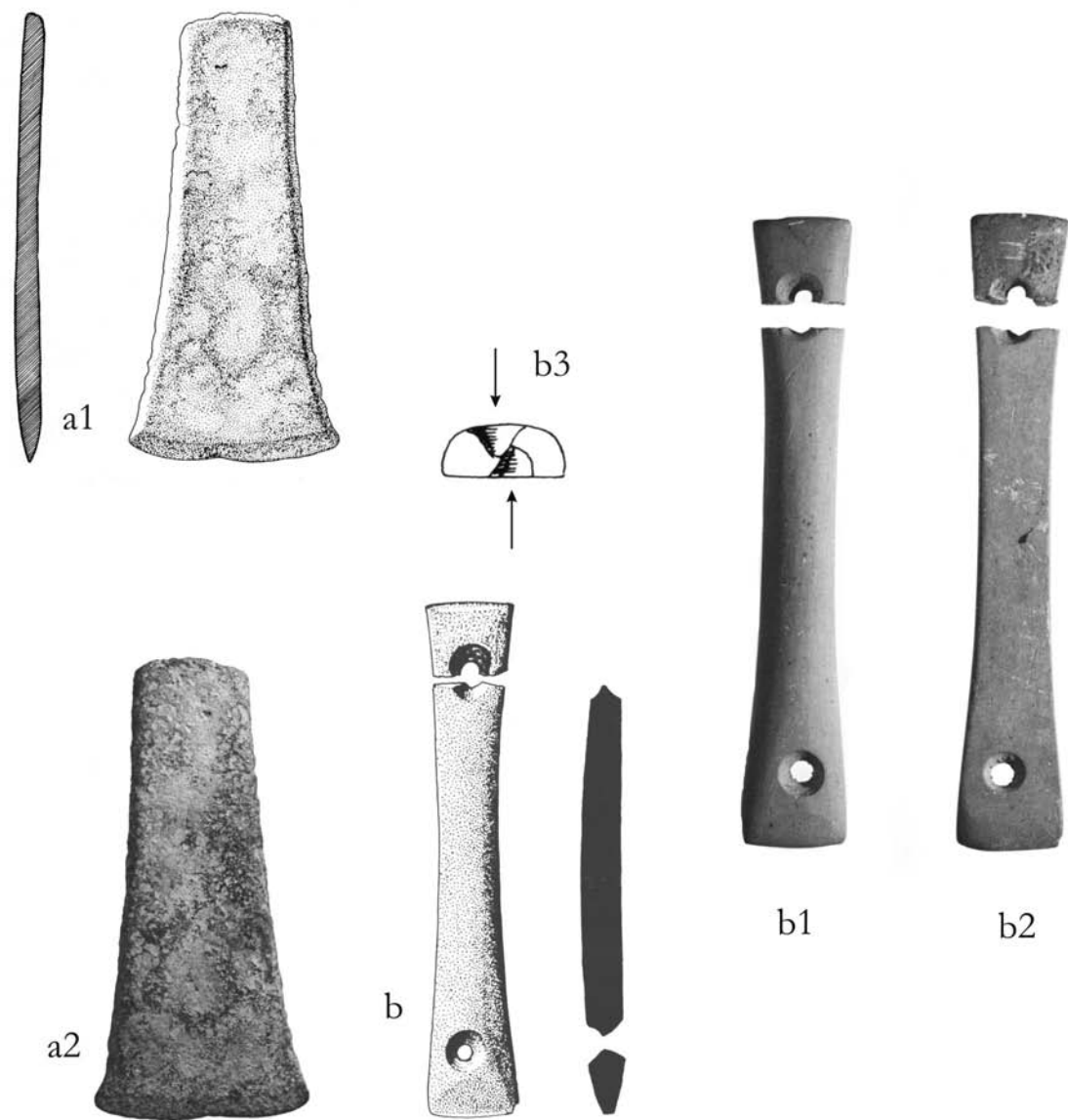


Fig. 18: Ajuar de Los Fitos.

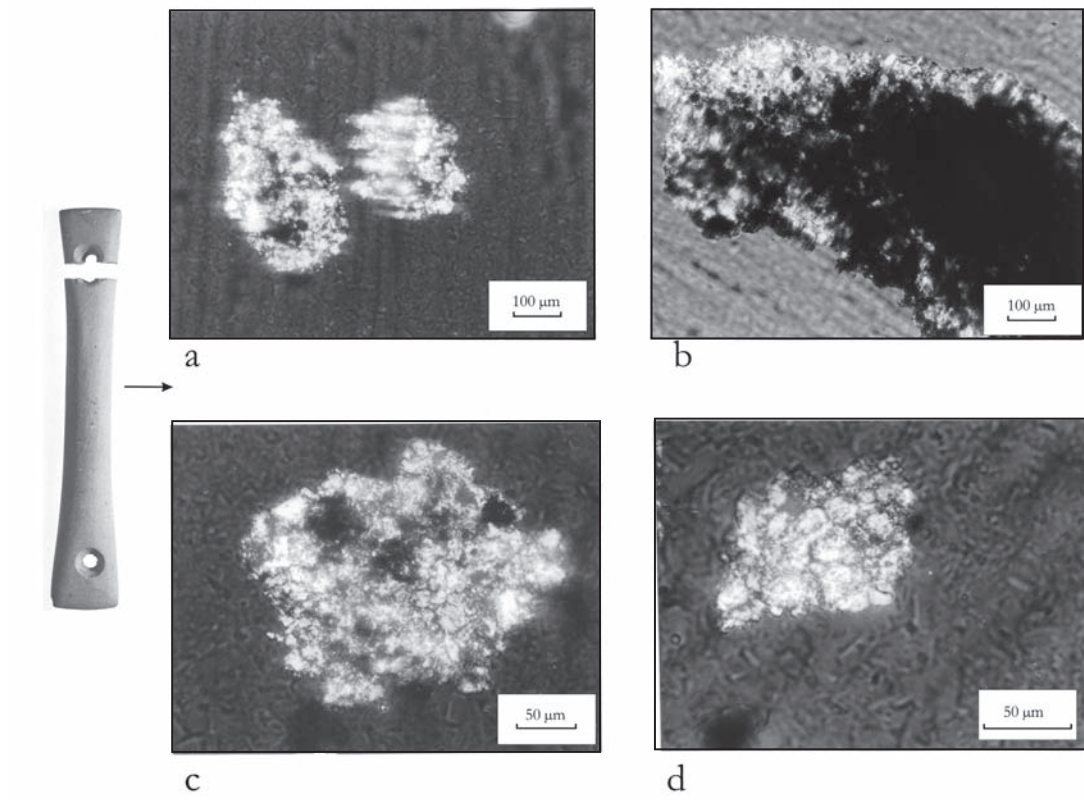


Fig. 19: Fotomicrografías del brazal de arquero: a), b) y c) fragmentos de la metasilsita con microscopio de polarización observándose el agregado granular de tamaño sumamente fino, así como algunos opacos en proceso de hematización-goethitización; d) entre los granos de cuarzo de tamaño silt aparecen granitos ultrafinos de cuarzo secundario (según L. G. Corretgé Castañón en 1989).

Isaac Antolín, a la sazón propietario del cercano palacio de Llanuces, en la vertiente quirosana de La Cobertoria.

1. La extraña pieza pétreo era un largo fragmento de brazal de arquero (Fig. 18, b, b1, b2); el trozo restante fue recuperado en las excavaciones de 1982, resultando así la pieza completa. Es, en todo caso, un magnífico ejemplar en su especie (97 mm de longitud; 16 mm de anchura máxima y 7 mm de grueso), de lados suavemente cóncavos y sección plano-convexa. Los extremos adoptan una cierta forma de espátula, adelgazados por una acción abrasiva que se muestra intensa sobre la cara recta. Los orificios característicos, uno en cada extremo, son bicónicos. El desencuentro, por error, de la perforación bidireccional en uno de los agujeros fue la causa de su irremediable fractura e inutilidad, hecho que delata el valor simbólico de la pieza y su exclusivo sentido en el rito fúnebre (Fig. 18, b3).

El estudio petrológico, realizado por el prof. G. Corretgé de la Facultad de Geología de la Universidad de Oviedo, descubre una roca de textura elástica compuesta esencialmente por cuarzo, el difactograma R-X lo sitúa en un 80-90% (diámetro del grano modal, 20-35 μm), además de sericita y circón como minerales accesorios y hematítes y sílice como minerales secundarios. El cemento matriz es silíceo de modo que genéricamente se puede clasificar como metasiltita algo ferruginosa. La clase granulométrica se inscribe en el campo de los *coarse silt*, más concretamente en el límite *medium silt-coarse silt*, lo que permite asegurar que la roca original era una siltita afectada por procesos diagenéticos de silicificación o incluso procesos de metamorfismo de bajo grado (Fig. 19). Se trata, pues, de una roca de gran calidad, estructurada en capas compactas, de propiedades físicas similares a las de las rocas de sílice criptocristalina como ópalos y calcedonias. Habría que señalar su probable origen en los niveles siltíticos del Carbonífero de la Cuenca Central de Asturias o en algún paraje de la cordillera Cantábrica. Se trata, no obstante, de un material pétreo poco abundante, lo que confirma el carácter selecto de la pieza que, junto con su cuidada factura general, apunta a una elaboración *ex profeso* para cumplir su función simbólica en el rito funerario.

Sigue siendo este brazal ejemplar único de su especie en Asturias, rareza extensible a toda la región ribereña del mar cantábrico en la que el catálogo de sus homólogos es más que exiguo. Sea cual fuere su debatida función -a menudo más ornamental que útil, si como se nos recordara en más de una oportunidad-, su común fragilidad y mínima resistencia al impacto de la cuerda del arco las harían inútiles como protectores de la muñeca del arquero (Schüle, 1980, p. 59), observación pertinente para la pieza de Los Fitos. Sin embargo, la hipótesis de que fueran meras piedras de afilar -propuesta hecha ya a fines del XIX (Siret, 1890; p. ej. lám. 24) y considerada posteriormente por otros autores- no se compadece con el hecho de que a veces presenten decoración, agujeros en los extremos o que fueran realizadas en materiales percederos como el hueso. Obviamente, no sería fácil justificar como útil para vaciado al extraordinario brazal fundido en oro de Vila Nova de Cerveira, norte de Portugal (Ambruster y Parreira, 1993), joya emparentable con otras británicas de Cambridgeshire, Yorkshire e Inverness-shire (Taylor, 1978; Brandherm, 2007). Por otra parte, que raramente aparezcan junto a los huesos de los brazos en las tumbas, donde ambos testimonios convergen, no invalida su interpretación, teniendo en cuenta, en otros factores, la frecuente complejidad de los procesos tafonómicos. Pero si un caso es firme es el del varón de treinta y cinco a cuarenta y cinco años enterrado dentro de lo que probablemente fue un ataúd de mimbres en el túmulo de Hemp Knoll, en Avebury. Dispuesto el esqueleto en posición fetal, el brazal permanecía en contacto con los huesos de su brazo izquierdo, diestro pues el personaje en el manejo del arco. A su vez, ciertas diferencias en la pátina y otras señales en la placa permitieron suponer que estuvo atada mediante tiras de cuero a la muñeca del difunto (Robertson-Mackay, 1980).

Más allá de las dudas siempre razonables, una mínima ojeada a la bibliografía etnográfica nos enseña que usaron esos pequeños brazales los indios norteamericanos; que los arqueros de la costa Este los hacían de madera; los indios de las praderas, de cuero crudo; los esquimales, en marfil de morsa o que, de forma más elaborada, los indios navajo ornaban sus protectores de cuero con añadidos de plata (Laubin, 1980, pp. 108-110). Este último caso, infrecuente, no

deja de recordarnos la singularidad del brazal con remaches también argénteos hallado en una tumba de la fortificación El Quintanar, de la cultura manchega de Las Motillas, activa entre 2250 y 1500 a. de C. (Martin *et al.*, 1993), pieza suntuaria que nos remite a los brazales joya aludidos y a su naturaleza simbólica y no simplemente utilitaria.

Partiendo, en fin, de la propuesta más convincente de que los frágiles brazales representan en la tumba a los de uso real hechos en materias corruptibles, participan en lo que se considera componente tardío de los complejos campaniformes peninsulares, siendo además los de una sola perforación por extremo característicos de los complejos campaniformes meridional y occidental del continente (Harrison, 1980, pp. 139 y 146); artículos que en tierras de Castilla, aunque también asociados los más antiguos al ambiente campaniforme, son frecuentes después, en especial los tipos alargados en sintonía formal con los descubiertos en las sepulturas argáricas (Delibes, 1977, p. 121).

No es menos cierto que en la submeseta Norte figuran ya tales piezas, en su versión aplanada y de lados convexos, asociadas a la alfarería campaniforme de los estilos “marítimo” y “puntillado geométrico”, con fechas radiocarbónicas de 2460- 2270 cal BC. en las inhumaciones intrusivas del túmulo La Sima III (Rojo *et al.*, 2005, pp 140 y 155-156), aunque serán los más largos (entre 100 y 150 mm), estilizados y de lados cóncavos los de presencia postrera (Garrido-Pena, 2000, p. 189). Son también algo tardíos en su frecuencia, del Bronce antiguo, si bien usados ya por los campaniformes, los protectores de muñeca en Valencia (Bernabeu, 1984), mientras que en la cultura del Argar se inscriben en medios sepulcrales variados, indistintamente en fosas, cistas y urnas, sin que se deban remitir sólo a los episodios más tempranos de la Edad del Bronce (Lull, 1983, pp. 212-214).

Como brazal homólogo del de Los Fitos podemos anotar el que junto a una punta de cobre, acaso una palmela, yacía en una cista de Gandón, Pontevedra. El cajón pétreo, de dimensiones cercanas a las del cofre asturiano, estaba rodeado por un tosco cinturón lítico, otra circunstancia que descubre cierta sintonía entre ambas arquitecturas. En Gandón su finalidad sepulcral es firme ya que, pese a la destructiva acidez de los suelos, en otra pequeña cista inmediata se conservaba la sombra del cadáver desaparecido, reconocible todavía su posición fetal con la cabeza orientada al Este (Peña Santos, 1985).

Es en todo caso evidente que los brazales fueron parte capital en el viático mortuario y que componen junto con el puñal de cobre y la punta de flecha atributos destacados del *package* campaniforme, incluso aunque el trinomio sea francamente escaso, registrado en sólo tres tumbas en el oeste de Europa: la de Wallers, en el norte de Francia; la de Lunteren, en los Países Bajos (Salanova, 1998) y la castellana de Fuente Olmedo. Tampoco parece que haya dudas sobre su valor como indicadores de la filiación sexual del difunto y de su estatus: hombre, guerrero, personaje sobresaliente. Al menos esa atribución se verifica en tumbas de la Europa centro-oriental (Turek y Černý, 2001) o en el oeste (La Vendée) (Salanova, 1998), por citar dos áreas distantes entre sí. Más cercana a nuestro espacio, en la rica tumba campaniforme ya aludida de Fuente Olmedo, fue también el inhumado un joven varón (Martin Valls y Delibes de Castro, 1989). De la particular relación de los brazales con ritos funerarios muy elaborados –lo que de

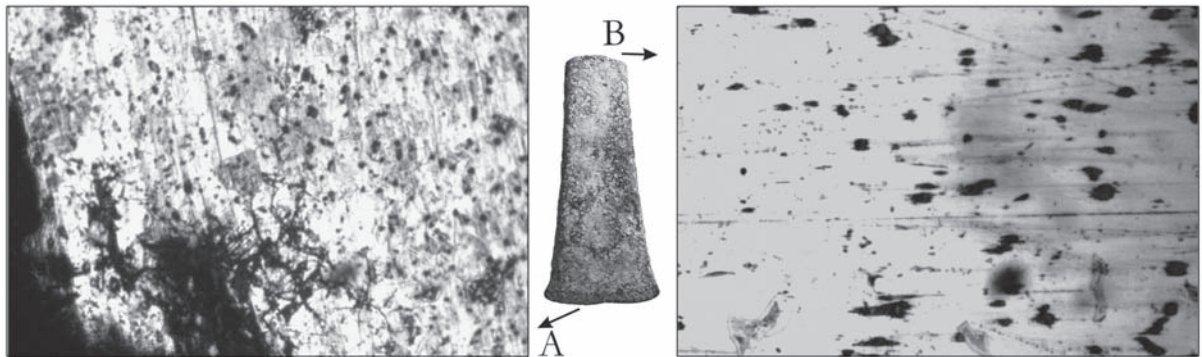
nuevo revela la importancia de los individuos que los portaban– proporcionan pistas algunas de esas placas de arquero impregnadas de cinabrio –es lo atestiguado en la inhumación doble madrileña Humanejos UE 1853 (Ríos y Liesau, 2011,)– teñidas por el pigmento rojo por excelencia e ilustrativo del siempre gravoso depósito de bermellón en las tumbas, lo que revela otra faceta más de la complejidad y empeño material de la gestión fúnebre campaniforme.

Valga esta digresión para poner de manifiesto que el brazal de Los Fitos, en su cuidado contexto sepulcral, viene a resaltar la notabilidad del personaje funerariamente celebrado: probablemente un adulto provisto en el trance ultraterreno de prerrogativas reales o simbólicas.

Desde luego, es juiciosa la duda sobre la finalidad de arquitecturas en las que no se preservan los deseables esqueletos, pero debe ser conjurada por la solvencia del registro arqueológico en situaciones semejantes. Si en Asturias y todo el NO se erigen las tumbas en medios litoestratigráficos generadores de suelos de acusada acidez, no es menos cierto que los viáticos recuperados se acomodan sin conflicto a los casos establecidos en las regiones donde sí pervivieron las osamentas de los enterrados. De tumbas individuales hablan, pues, tanto las dimensiones de la cavidad sepulcral como la dotación ritual. En el NO hispánico, cistas como las de Atios (Álvarez Blázquez *et al.*, 1970), Carnota (Vázquez Varela, 1980) o Quinta da Agua Branca (Fortes, 1906) apuntan en tal sentido, sin olvidar que la última citada no sólo contenía un puñal de cobre de lengüeta, una diadema, dos espirales y dos anillos, todas las joyas de oro, sino que en el hallazgo pudo confirmarse la existencia original del cuerpo de un solo individuo. Lo ya anotado del caso pontevedrés de Gandón hablaría no ya de tumbas seguras, sino también de variantes en la colocación del cuerpo; hay además otros despojos óseos señalados como de un adulto en la cista rectangular de O Cubillón, en Lugo (Ramil Soneira y Vázquez Varela, 1979); una verdadera caja de paredes ortostáticas de un metro de largo en su interior donde fue recuperado un vaso cerámico liso, de perfil en S, de los que caracterizan la alfarería funeraria del Bronce antiguo en Galicia (Meijide Casamelle, 1996).

2. Un valor semejante, el hacha como atributo y no mero instrumento, conviene asignarle a la que tipológicamente ubicamos en el Bronce antiguo. Se trata de una pieza plana, de hoja delgada, con un peso de 177 gr y 113 x 50 x 7 mm de tamaño (Fig. 18, a), de lados con trayectoria curva y que se abre desde el tercio inmediato al talón para generar un filo convexo, de extremos algo apuntados. Los análisis químico y metalográfico³ revelan su pertenencia a un ciclo metalúrgico evolucionado al resultar un bronce binario con el 18,36% de estaño y se han detectado como impurezas Pb (0,15%), Sb (0,010), Ag (0,006), Ni (0,03) y Fe (0,06). Del estudio metalográfico del filo se induce la combinación de tratamientos mecánicos y térmicos, por la presencia tanto de granos cristalinos equiaxiales de sección poligonal como maclas de deslizamiento. También se aprecian maclas de deformación en frío, tal vez debidas a los golpes sufridos durante su uso como instrumento (evidente por alguna melladura del corte).

3 Realizados ya en 1985 por Salvador Rovira Llorens, a quien reiteramos nuestro agradecimiento.



dB

Fig. 20: (a) Metalografía del filo del hacha Los Fitos en la que se observa la estructura de granos equiaxiales de bronce alfa, forjado y recocado; además, segregados de color azulado de fase alfa + delta (160 aumentos); (b) del talón con detalle de los poros e impurezas aplastados por la acción de forjado. Se aprecia la estructura nucleada de los segregados alfa + delta, de color azul claro (560 aumentos) (según S. Rovira Llorens en 1985).

Circunstancias semejantes se aprecian en el estudio del talón. En ambos extremos, la existencia de zonas segregadas, ricas en estaño (fase alfa + delta), viene a señalar que la pieza sufrió una fase de recocado con una temperatura cercana a los 400 °C (Fig. 20).

En conjunto, es un bronce de calidad, forjado en caliente o en frío y luego recocado a temperatura baja, o durante un tiempo insuficiente, por lo que la aleación no alcanzó un buen recristalizado; sin embargo, el producto final ofrece mejores características mecánicas que un estado bruto de colada en el que no se hayan seguido las operaciones posteriores de forja determinantes de una considerable dureza.

La experimentación metalúrgica nos enseña que en las aleaciones de cobre con algo más de un 14% de estaño disminuye la temperatura de fusión, con una velocidad de enfriamiento que mejora la adaptación de la colada al molde, con más homogeneidad y menor presencia de las burbujas causadas por los gases apresados en el metal, bondades que cuajan en un producto fiel al diseño pretendido (Soriano y Gutiérrez, 2009). Entendemos, pues, que a su aleación debe el hacha de Los Fitos su finura, buen formato y tenacidad mecánica.

Bastarían, no mucho tiempo atrás, estas precisiones metalúrgicas para situarla en una posición cronocultural retardada, al menos en un episodio muy tardío del Bronce antiguo, ya en la segunda mitad del milenio II a. de C. En cambio, este que pudiera ser uno de los primeros bronce cantábricos no desentona de la antigüedad que hoy se concede a la introducción de las aleaciones cobre/bronce en las regiones norteñas de la península (Fernández Miranda *et al.*, 1995, pp. 67-68), estimaciones que dan sentido a la datación temprana de las puntas de pedúnculo del poblado aragonés de El Moncín (Harrison *et al.*, 1994), o a los punzones,



Fig. 21.

de hasta un 12% de estaño, de la Cueva Maja, Soria, recuperados en un contexto del Bronce antiguo que en datas radiocarbónicas correspondería a 2200-1930 cal BC (Bordiu Samaniego *et al.*, 2002, pp. 85-87 y 93).

La tasa de estaño en el hacha de Los Fitos coincide, además, con el hecho de que sean precisamente los bronzes con mayor dosis de este elemento los de época más antigua (Montero Ruiz, 2010). Bien podemos entonces concluir que el hacha en causa habría sido fundida en un momento no demasiado avanzado del Bronce antiguo, tal vez a lo largo del primer tercio del II milenio a. de C.

La huella de una visita al túmulo en el siglo XVII

Al menos de entonces es la moneda (Fig. 21) hallada en el cuadrante noroeste del cuerpo del sepulcro, en la capa húmica subyacente al breve tapiz de hierba que lo recubría. Se trata de ocho maravedís resellados de vellón de Felipe IV (Castán Ramírez, 1972, pp. 147-198), de 30 mm de diámetro máximo y 28 mm el mínimo y un peso de 4 gramos. En el anverso se lee *rx* coronadas en el campo, gráfila de puntos y las rodean *re x* y dos resellos con el 8 bien claro. El reverso se halla muy borrado excepto las letras que aparecen dentro de la gráfila punteada que dejan leer *Phill^a*. El resello que se lee con dificultad parece decir 591.

Es probable que la pérdida de la moneda no fuera demasiado cuantiosa dadas las fluctuaciones monetarias de una época de alternancia de repentinas crisis financieras y

4 Debemos la identificación numismática al que fuera profesor de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo, D. Julián Francisco Martín.

deflaciones, de acuñaciones y reacuñaciones que causaron estragos en la vida económica, “llevando a muchos jornaleros al más bajo nivel de subsistencia” (Hamilton, 1983: 298); aunque la escala de valor es muy subjetiva, en particular para quienes, como los pastores tradicionales, raramente dispondrían de dinero, basada su vida en la más extrema autosuficiencia.

Obviamente, no es posible explicar el paradero de la moneda en el túmulo más allá de entenderlo como fortuito; conscientes, sin embargo, de que los saqueos y rebuscas en túmulos tuvieron que ser frecuentes a lo largo del siglo XVII en el noroeste ibérico, entre otras razones como eco de la desaforada actividad expoliadora en Galicia y Asturias occidental del célebre licenciado lucense Vázquez de Orxas. A la altura de 1610 se contaban en más de 3000 los túmulos profanados por la obsesión del tesoro oculto, la *auri sacra fames*, fascinación quizá nacida, a nuestro entender, de la experiencia del pillaje de tantas tumbas prehistóricas en las colonias del centro y sur de América donde Vázquez de Orxas había pasado parte de su vida (de Blas Cortina y López Álvarez, 2001). Por ello, que quien olvidó los ocho maravedís fuera uno de tantos buscadores de la riqueza fabulosa nos parece una posibilidad bastante verosímil.

La sacralización como beneficio: un acontecimiento transmilenario en Los Fitos

La erección en las cumbres montañosas de arquitecturas como las que aquí acabamos de considerar no sólo debe ser interpretada bajo una perspectiva estrictamente funcional, económica, sino también como consecuencia de decantadas opciones espirituales. Al fin y al cabo, la primera huella constructiva en Los Fitos, el hemiciclo ortostático, seguramente contemporáneo de los vecinos megalitos de la Collá Cimera y El Llagüezu, no se compadece ni con la idea de la habitación ni con cualquier otra función residencial o económica. Del túmulo posterior es seguro su destino sepulcral. En ambos casos, y en las demás edificaciones con túmulo más o menos cercanas, la hipótesis de su engarce con prácticas de sacralización no es arbitraria si consideramos que, con independencia de su ubicación, en su mensaje polisémico los megalitos constituyen estructuras sagradas, *houses of holy* como a veces se los denomina (Sherrat, 1995), con la aceptación de que el ritual de enterramiento presupone una manera de concebir la naturaleza espiritual del hombre y también el que, como escribiera Malinowski, de todas las fuentes de la religión, es la suprema y final crisis de la vida, la muerte, la que alcanza mayor trascendencia (Malinowski, 1948 [1955, p. 47]).

La sacralidad megalítica es la permanente y vieja idea que en versión extrema defendiera V. G. Childe en su postrera obra de síntesis, *The Prehistory of European Society* (1958), en la que ve en los fundadores de las tumbas megalíticas a misioneros de una religión materializada en los grandes sepulcros pétreos, a seres que podrían ser llamados *santos megalíticos*, asentada su autoridad y posición social en su prestigio espiritual más que en el poder temporal. Por ello, la indisimulada perseverancia en la edificación de megalitos no podría ser ajena a un fuerte impulso intelectual de sustancia religiosa (Daniel, 1941), siendo por ello los monumentos dolménicos

mudos testigos de una fe olvidada cuya realidad originalidad habría significado tanto como las iglesias entre los cristianos o las mezquitas entre los musulmanes (Piggott, 1973, p. 60).

Pero en Los Fitos, en La Cobertoria, como marco orográfico y arqueológico general, la dimensión sagrada de lo construido es inseparable del alto espacio donde se produce, si aceptamos que la montaña poderosa y dominante constituye en religiones y mitologías de todo el planeta el ámbito venerable por excelencia (König, 1964, pp. 954-955), imaginadas las cimas solitarias como pilares sustentadores del cielo o como las moradas terrestres de los dioses; la montaña recreada como lugar de intercambio con la divinidad y catalizadora de la energía universal. En ese ámbito abrupto y solemne las líneas de fuerza del paisaje, múltiples y contradictorias, convergen poco a poco para, finalmente, unirse en la cumbre, “expresión evidente de vuelta a la unidad” (Samivel, 1984, p. 18); la cima como punto de convergencia y por ello síntesis de creencias y sentimientos multiformes.

El uso funerario de la línea de cumbres de La Cobertoria-Los Fitos-La Collá Cibera y las viejas arquitecturas con que se hace nos visible hoy –lo que entendemos como proceso de sacralización (el mundo de las cosas que están separadas del universo absoluto de las realidades profanas, tal como explicaba E. Durkheim)–, es igualmente una forma de beneficio, de aprovechamiento de un espacio. En efecto, el uso ritualizado de un lugar no deja de ser una forma elaborada de apropiación del mismo y de las virtudes que le son inherentes. En nuestro caso, dólmenes y túmulos nos remiten además al culto a los antepasados, a la *muerte acrónica* de los milenios de la humanidad más antigua (Ariès, 1977, p. 13) y a la concreción de una geografía que no sólo aporta recursos tangibles, profanos, si no espirituales.

Pero la montaña, como recordábamos al principio, es un dominio de explotación material y, al cabo, de tránsito y relación. Es evidente que los factores ecológicos son esenciales y que los altos lugares fueron más fácilmente hoyados en los ciclos climáticamente benignos aunque, según el régimen de precipitaciones, pudieran provocar la intensificación boscosa en el sector medio-bajo de las vertientes, dificultando el tránsito si bien, al tiempo, ampliando su atractivo para la recolección y caza o, como también apuntábamos, como suministrador de alimento para el ganado.

Sea como fuere, dólmenes, túmulo y hemiciclo afirman la posesión e importancia del ápice de la alta montaña, ritmada esa posesión por etapas de estancia humana más intensa en contraste con otras de visitas esporádicas e incluso con tiempos de un relativo abandono.

El área de La Cobertoria se inscribe en la Asturias hiperhúmeda, en el tránsito entre los climas de media y alta montaña; zona de discretos niveles de eficacia térmica, concentrada aquella en los meses estivales, y de condiciones termométricas invernales rigurosas: de noviembre a abril la media de las máximas temperaturas es menor de 10 °C y de -2 °C la de las mínimas. El gradiente medio de descenso térmico es de 0,562 °C cada 100 metros de altitud, lo que se traduce para el escalón de 1100 a 1400 m en una media anual oscilante entre 7,75 ° y 6,06 °C (Muñoz, 1982, p. 138). No es menos despreciable el régimen de precipitaciones: 1000 mm de media anual, pero *in crescendo* a medida que se asciende, sobre todo en los meses invernales cuando son frecuentes las nevadas. Son, además, habituales los fenómenos de subsidencia de las masas de aire formando capas de nubes que limitan la insolación y provocan lluvias ligeras y nieblas

de irradiación (Rodríguez, 1984). Hacen tales imperativos que la media térmica estival apenas supere los 15 °C en agosto y septiembre, con mínimas nocturnas inferiores a 5 °C, sin que sean ya raras las heladas.

Bien es cierto que resta aún por establecer la evolución climática local durante los últimos milenios, pero allí donde se dispone de estudios fiables se supone que la expansión humana en la montaña hubo de acomodarse desigualmente a distintos ciclos ambientales. Entre -3600 y -3300 sufrió el arco alpino la intermitencia de episodios fríos y húmedos, sustentados en el avance o retroceso de los glaciares y en las alteraciones del nivel de los lagos, todo ello en simultaneidad con la mengua de los indicios polínicos de antropización o, por el contrario, con claros signos de recuperación del bosque (Magny y Haas, 2004). Concurrieron circunstancias parecidas en los Pirineos, siendo razonable que en una y otra cordillera fueran afrontadas las oscilaciones climáticas con lógicos ajustes adaptativos en las estrategias de aprovechamiento y producción. Es así mismo probable que la disminución o falta de vestigios arqueobotánicos asociados a la acción social tenga que ver con fórmulas determinadas de la economía de supervivencia agroforestal y, también, con que la densidad de la masa arbórea puede oscurecer en los análisis polínicos la buscada huella antrópica (Galop, 2005).

Desde luego, los estudios sedimentológicos en el NO peninsular descubren durante el intervalo 3500 y 1000 a. de C. abruptos vaivenes climáticos en Galicia, pautados por episodios de enfriamiento y aridez, de consecuencias diversas como el desarrollo de fenómenos erosivos y pérdidas de suelo en las laderas de suficiente pendiente, junto con alteraciones en la línea de costa; entre -2000, -1600 se habría producido una fase de sequía descendiendo las precipitaciones hasta un -38% con respecto a etapas previas (Fábregas *et al.*, 2003).

No parece pues improbable que en los milenios IV y II, momentos separados en la monumentalización de Los Fitos, se produjeran episodios de una cierta bonanza climática, favorecedora del ascenso de gentes a las altas cotas, siguiendo por necesario el apuntado esfuerzo adaptativo cuando las condiciones ambientales lo requirieran. Tampoco cabría excluir la hipótesis de que pudiera deberse la diacronía hemiciclo-túmulo a causas genéricamente sociales, como los cambios culturales, más que al ineludible imperio del frío y de las nieves. En fin, la llamativa proximidad física y la dilatada distancia temporal de los dos testimonios prehistóricos podría ser atisbada atendiendo al peso trascendente de la memoria remanente, de la tradición transtemporal, incluso si mediaran en uno y otro monumento, lógicamente en sus autores, diferentes concepciones del control territorial.

Así, el episodio neolítico, en los primeros siglos del cuarto milenio –entendido como de movimiento expansivo y de primera estructuración del espacio cumbre, enraizado en el *floruit* de la edificación de los megalitos y de la vertiente jurisdiccional de los mismos– inauguraría un ciclo de estabilidad sin acusados cambios.

En el intento del descifrado del hemiciclo pétreo (Fig. 22 y 23) es preciso considerar la precisión geométrica del semicírculo: un espacio que dibuja la dicotomía exterior-interior o, si se quiere, el contraste de lo cóncavo con lo convexo, distinción que recuerda la de la montaña (convexa) frente al valle (cóncavo). En el interior, en su centro geométrico, ardió la hoguera equidistante

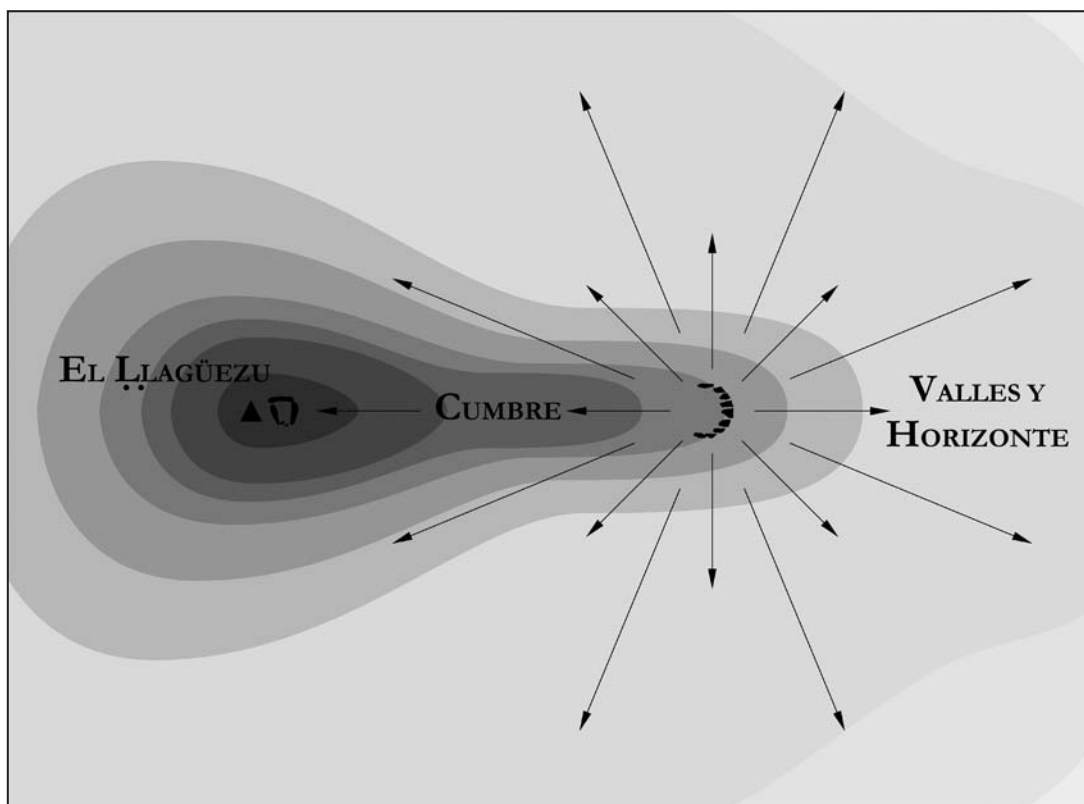


Fig. 22: El hemisferio en el acceso a la cumbre por la ladera de pendiente menos acusada, delimitando el ámbito restringido de la cima en la que se ubica el dolmen de El Llagüezu (M. Á. de Blas).

de las pequeñas estelas con el fuego como fenómeno purificador que ya señaláramos como protagonista en el procedimiento ceremonial de los túmulos más tempranos en la región, erigidos en el tránsito entre los milenios V y IV (de Blas Cortina, 2006) y con la ceniza, el elemento residual del fuego que en una perspectiva antropocéntrica llega a representar el cadáver: el residuo del hombre una vez extinguido el fuego de la vida (Chevalier y Gheerbrandt, 1969, p. 187).

La lectura de la secuencia semicircular de pequeñas estelas ofrece aún otras facetas, en particular la imagen del espacio acotado, protegido, distinto o, en la sucesión discontinua de las lastras enhiestas, la de una barrera: el obstáculo simbólico (Cassen, 2009, p. 108). Además, esa separación entre las estelas también nos insinúa la frontera permeable, el filtro y, en consecuencia, el límite que es posible traspasar cuando se goza del estatus adecuado en virtud de prerrogativas personales, o acaso por pertenecer al grupo social que en la cumbre ve tanto un ámbito sagrado como su patrimonio ancestral. De nuevo, en fin, el bucle del culto a los antepasados y su ascenso celeste desde la cumbre, la cúpula de comunicación entre dioses y hombres.

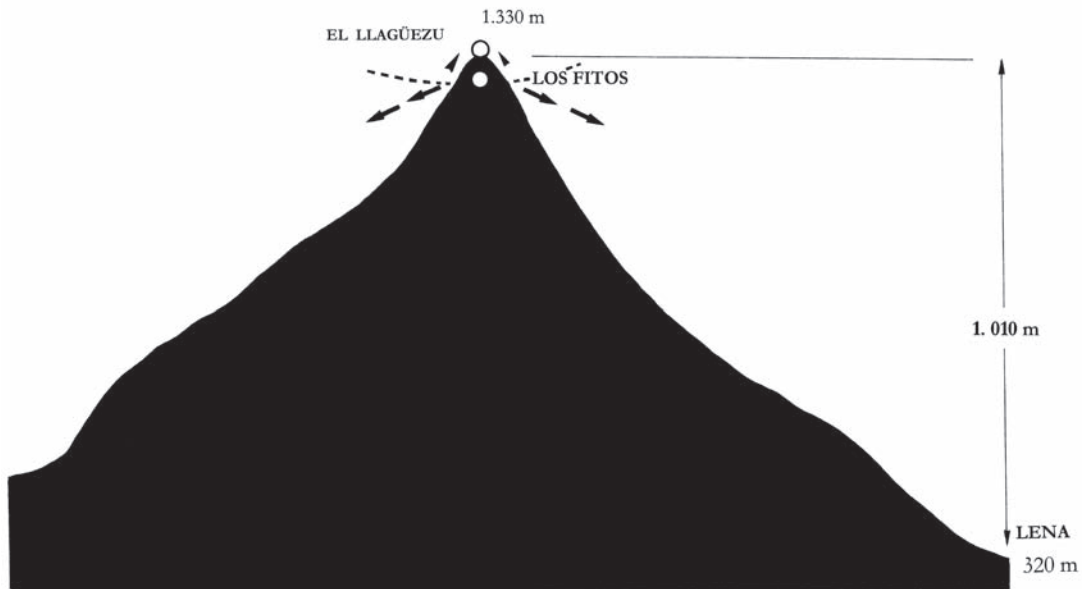


Fig. 23: En la cumbre abrupta y distante de los valles Los Fitos limita el acceso a la zona funeraria (M. Á. de Blas).

Por otra parte, arquitectura y orografía son aquí inseparables. Indicábamos más atrás que los 180° de desarrollo del hemiciclo vienen a seguir el viaje diario del sol, del alba al ocaso, traslación con frecuencia aplicada al ciclo de la vida, desde el nacimiento a la muerte. Quizá esa asunción dicotómica se traslade a la concepción espacial. El hemiciclo, la barrera, el filtro, el agente protector, presenta su faceta convexa, resistente, al horizonte de valles y cordilleras; la parte cóncava, cerrada, íntima, se abre hacia la cumbre donde impera en soledad el dolmen del Llagüezu. La tentación, en definitiva, de ver en el hemiciclo la simbolización perenne, elegida la piedra y no la madera más versátil arquitectónicamente pero corruptible, del límite entre el espacio de la vida y el reservado a la muerte y a su insondable misterio.

En cuanto al túmulo se refiere, edificado dos milenios más tarde, entendemos que signifique la integración en el ámbito sagrado ancestral en contacto, en una síntesis o pacto entre lo natural y lo humano, con una roca que por su fisonomía y protagonismo hubo de ser siempre un nítido referente espacial quizá dotado de poderes especiales, en una relación peña-ritualidad que en el caso excepcional de Peña Tú se manifiesta como ejemplo de vigencia a través de los milenios (de Blas Cortina, 2010b). En el arquero enterrado en Los Fitos cabría ver la conmemoración de un personaje ilustre, y en la tumba bajo túmulo el reflejo de la memoria insondable y del anhelo de legitimación de la pequeña élite rectora de las nuevas generaciones usuarias de aquel elevado territorio. También huella del retorno en los albores de la metalurgia a ese escenario ancestral y sagrado hubo de ser la inhumación en la notable y muy próxima espacialmente arquitectura

megalítica catalogada como Mata'l Casare I –a no ser que se trate de una gran tumba de inspiración dolménica aunque gestada en los ciclos iniciales de las sociedades metalúrgicas en la zona–, de otra persona insigne de la que hoy solo nos resta como reliquia tangible un excepcional anillo áureo de tiras cortadas y palmario aroma atlántico (de Blas Cortina, 1994). En todo caso, sería difícil eludir la relación entre esos grupos sociales ennoblecidos, el nuevo poder político y económico, con el hecho esencial del beneficio, a escala considerable, de los minerales de cobre de las muy cercanas a Los Fitos minas del Aramo (de Blas y Suárez, 2010), abiertas prácticamente a la misma altitud y a poco más de una hora de marcha en un accidentado escenario de dolinas, farallones y lapiaces.

Gratiarum nota

A Guillermo Corretgé y Salvador Rovira por su siempre desinteresada y amistosa ayuda. En el montaje infográfico de las ilustraciones pude contar siempre con la colaboración de Fernando Rodríguez del Cueto. Debo también a Esperanza Martín la forma final de algunas de mis ilustraciones.

Bibliografía

- ARGANT, J., LÓPEZ-SÁEZ, J. A. Y BINTZ, P. (2006): "Exploring the Ancient Occupation of a High Site (Lake Lauzon, France). Comparison between Pollen and no Pollen Palynomorphs", en *Review of Palaeobotany y Palinology*, núm. 141, p. 151-163.
- ARIES, PH. (1977): *L'Homme devant la mort. Tome I. Le Temps des gisants*. París, Éditions du Seuil.
- AKERET, Ö., HAAS, J. N., LEUZINGER, V. Y JACOMET, S. (1999): "Plant Macrofossils and Pollen in Goat/ Sheep Faeces from the Neolithic Lake-Shore Settlement Rabón Belice 3, Swizerland", en *The Holocene*, núm. 9, 2, p. 175-182.
- ÁLVAREZ BLÁZQUEZ, J. M., ACUÑA CASTROVIEJO, F. Y GARCÍA MARTÍNEZ, M. C. (1970): "Cista y ajuar funerario de Atios (Porriño)", en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, núm. 25, p. 20-36.
- AMBRUSTER, B. Y PARREIRA, R. (1993): "O Braçal-de-Arqueiro de Vila Nova da Cerveira (Cat. 70), en *Inventário do Museu Nacional de Arqueología. Coleção de Ourivesaria 1º volume. Do Calcolítico a Edade do Bronze*, Lisboa, p. 148-150-151.
- BERNABEU, J. (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*, Valencia., S. I. P. Serie de Trabajos Varios, núm. 80.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (1990): "Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafito y Llanu la Vara (Las Regueras)", en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, Oviedo, Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, p. 69-77.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (1994): "El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare l y su localización megalítica", en *Madridrer Mitteilungen* 35. Mainz, Deutsches Archäologisches Institut, Verlag Philipp von Zabern, p. 107-123.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (1996): "Espacio funerario - espacio económico: las sugerencias del registro arqueológico en el entorno de un dolmen de montaña", en *Humanitas. Estudios en homaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real. Vol I*, Universidade de Santiago de Compostela, p. 125-150.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (1977a): "Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto", en *O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do Coloquio Internacional...*: (A. RODRIGUEZ CASAL, ed.). Unión Internacional des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques. Universidade de Santiago de Compostela, p. 311-334.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (1977b): "El arte megalítico en el territorio cantábrico: un fenómeno entre la nitidez y la ambigüedad", en *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico. A Coruña 1977. Actas. Brigantium*, Museo Arqueolóxico e Histórico de San Antón, vol. 10, p. 69-89.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (2006): "La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales en Asturias", en *Zéphyrus*, núm. 59, p. 233-255.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (2010a): "Poder ancestral y territorio neolítico: en torno a Peña Tú y los túmulos de la costa oriental de Asturias", en *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras Manifestaciones Funerarias Contemporáneas en su Contexto Social, Económico y Cultural* (J. FERNÁNDEZ ERASO y J. A. MÚJICA ALUSTIZA, eds.), San Sebastián, Munibe, núm.32, p. 94-118.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE (2010b): "La Prehistoria postpaleolítica en el territorio de Gijón", en *Historia de Gijón*, Oviedo, Editorial Prensa Asturiana, p. 69-94.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE Y FERNÁNDEZ-TRESGUERRAS, J. (1898): *Historia primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*, Biblioteca Histórica Asturiana. VI Centenario del Principado de Asturias.

- BLAS CORTINA, M. Á. DE Y LÓPEZ ÁLVAREZ, J. (2001): "Sobre la búsqueda tradicional de oro en yacimientos arqueológicos y noticia de un probable tesoro prehistórico en tierras de Grado en el siglo XVI", en *Ástura. Nuevos Cartafueyos d'Asturies*, núm. 11, p. 9-16.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE, REQUEJO PAGÉS, O. Y ARCA MIGUÉLEZ, C. (2007): "Excavaciones en los túmulos de Monte Deva (Gijón), 1998-2002", en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002*, Oviedo, Principado de Asturias, Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo, p. 245-252.
- BLAS CORTINA, M. Á. DE Y SUÁREZ FERNÁNDEZ, M. (2010): "La minería subterránea del cobre en Asturias: un capítulo esencial de la Prehistoria reciente del norte de España", en *Cobre y oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua* (J. A. FERNÁNDEZ-TRESGUERRÉS, coord.), Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, p. 43-82.
- BRANDHERM, D. (2007): "Algunas reflexiones sobre el Bronce inicial en el noroeste peninsular. La cuestión del llamado horizonte "Montelavar", en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, núm. 33, p. 69-90.
- CASSEN, S. (2009): *Exercice de stèle. Une archéologie des pierres dressés*, París, Editions Errance.
- CASTÁN RAMÍREZ, C. (1972): *Las monedas de los reyes Católicos de la Casa de Austria 1475-1700*, Madrid.
- CAVA, A. (1990): "Estaciones al aire libre de Urbasa (Navarra): la industria lítica", en *Los grupos humanos en la Prehistoria de Encia-Urba* (BARANDIARÁN, I.; VEGAS, J. I. et al.), ed. Eusko-Ikaskuntza, p. 207-252.
- CHABAL, L. (1992): "La Représentativité paléo-écologique des charbons de bois archéologiques issus du bois de feu", en *Les Charbons du bois, les Anciens Écosystèmes et le Rôle de l'homme*, Bull. Société Botanique de France, núm. 139, p. 213-236.
- CHEVALIER, J. Y GHEERBRANT, A. (1982): *Dictionnaire des symboles*, París, ed. P. Laffont/Jupiter.
- CHILDE, V. G. (1958): *The Prehistory of European Society* (ed. en castellano 1986: *Los orígenes de la sociedad europea*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva).
- CORDIER, G. (1991): "Matériel néolithique tourangeau de mouture et de broyage", en *Revue archéologique du centre de la France*, núm. 30, p. 47-70.
- CORDY, PH., LEUZINGER-PICCAND, C. Y LEUZINGER, U. (1998): "Ein Felsabri auf 2600 m ü. M. am Fusse des Matterhorns-Jäger, Händler und Hirten im Hochgebirge", en *Archäologie der Schweiz*, núm. 21(2), p. 65-71.
- DANIEL, G. E. (1941): "The Dual Nature of the Megalithic Colonization of Prehistoric Europe", en *Proceedings of the Prehistoric Society*, núm. VII, p. 1-49.
- DELIBES, G. (1977): *El vaso campaniforme en la meseta norte española*, Valladolid, Studia Archaeologica, Universidad de Valladolid.
- DIEZ CASTILLO, A. (1996): "Una cabaña neolítica en los Picos de Europa", en *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica*, Gavá-Bellaterra, p. 349-356.
- DUPRÉ OLLIVIER, M. (1988): *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*, Valencia, S. I. P. y Universidad de Valencia.
- FÁBREGAS VALCARCE, R., MARTÍNEZ CORTIZAS, A., BLANCO CHAO, R. Y CHESWORTH, W. (2003): "Environmental Change and Social Dynamics in the Second-Third Millennium BC in NW Iberia", en *Journal of Archaeological Science*, núm. 30, p. 859-871.
- FORBES, J. (1906): "A sepultura da Quinta da Agua Branca", en *Portugalia 2*, fasc. 2, p. 241-252.
- GALOP, D. (2005): "La Conquête de la montagne pyrénéenne au Néolithique. Chronologie, Rythmes et Transformations des paysages à partir des données polliniques", en *Populations néolithiques et environnements* (J. Guilaine, dir.), París, Errance, p. 279-295.
- GARRIDO-PENA, R. (2000): *El campaniforme de la meseta central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 AC)*, BAR Internacional Series.
- GASCÓ, J. (2003): "Contribution pour une proposition de vocabulaire des structures de combustion", en *Le Feu domestique et ses*

- structures au Néolithique et aux Âges des Métaux. Actes du Colloque de Bourg-en Bresse et Beaune, 7-8 octobre 2000, (M-Ch. FRÈRE - SAUTOT, dir.), Montagnac, Éditions Monique Mergoïl, p. 109-112.
- HAMILTON, E. J. (1983): *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Madrid, Editorial Ariel, S. A.
- HARRISON, R. (1980): *The Beaker Folk. Copper Age Archaeology in Western Europe*, Thames y Hudson.
- KÖNIG, F. (1964): *Diccionario de las religiones*, Barcelona, Editorial Herder.
- LAUBIN, R. y G. (1980): *American Indian Archery*, University of Oklahoma Press, Norman, Publishing Division of the University.
- LÓPEZ SÁEZ, J. A., LÓPEZ GARCÍA, P. y LÓPEZ MERINO, L. (2006): "El impacto humano en la cordillera Cantábrica: estudios palinológicos durante el Holoceno", en *Zona Arqueológica*, núm. 7, p. 3-11.
- MAGNY, M. y HAAS, J. N. (2004): "A Major Widespread Climatic Change around 5300 cal BP yr. at the Time of the Alpine Iceman", en *Journal of Quaternary Science*, núm. 19 (5), p. 423-430.
- MALINOWSKI, B. (1948 [1955]): *Magic, Science and Religion and other Essays*, A Doubleday Anchor Book.
- MARCH, R. (1992): "L'Utilisation des bois dans les foyers préhistoriques: une approche expérimentale", en *Les Charbons du bois, les Anciens Ecosystèmes et le Rôle de l'homme*, Bull, Société Botanique de France, núm. 139, p. 245-253.
- MARTIN, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ POSSE, M. D. y GILMAN, A. (1993): "The Bronze Age of La Mancha", en *Antiquity*, núm. 67, 23-45.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: el enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)*, Valladolid, Monografías del Museo Arqueológico.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2004): "El paisaje de montaña. La formación de un canon natural del paisajismo moderno", en *Naturaleza y cultura del paisaje* (N. Ortega Cantero, ed.), Colección de Estudios, UAM Ediciones / Fundación Duques de Soria, p. 53-121.
- MARTÍNEZ TORNER, F. (1917): "Llanuces, monografía geográfica", en *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, núm. XIV, p. 250-302. Texto recogido en *Dos estudios geográficos y etnográficos sobre Asturias*, Red de Museos Etnográficos de Asturias, 2005, págs 29-49.
- MEIJE CASEMELLE, G. (1996): "La necrópolis del Bronce inicial del agro de Nogueira (Piñeiro, Toques, A Coruña) en el contexto funerario de su época", en *Humanitas. Estudos en Homenaxe ó Prof. Dr Carlos Alonso del Real*, (A. Rodríguez Casal, coord.), Vol. I, Universidade de Santiago de Compostela, Facultade de Xeografía e Historia, p. 215-239.
- MONTERO RUIZ, I. (2010): "Tecnología de la metalurgia de base cobre", en *Manual de arqueometalurgia*, (I. Montero, coord.), Madrid, Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, p. 161-188.
- MUÑOZ, J. (1982): *Geografía de Asturias, vol. I. Geografía física. El relieve, el clima y las aguas*, Salinas, Ed. Ayalga.
- NEIRA CAMPOS, A., FUERTES PRIETO, N., FERNÁNDEZ RODRIGUEZ, C. y BERNALDO DE QUIRÓS, F. (2006): "Paleolítico superior y Epipaleolítico en la provincia de León", en *Studia Archaeologica*, (G. Delibes y F. Díez, eds.), Valladolid, Universidad de Valladolid, núm. 94, p. 113-148.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA, (1985): "Las cistas de Gandón (Cangas de Morrazo, Pontevedra)", en *El Museo de Pontevedra XXXIX*, p. 79-93.
- PÉTREQUIN, P.; ERRERA, M.; PÉTREQUIN, A-M. y ALLARD, P. (2006): "The Neolithic Quarries of Mont Viso, Piedmont, Italy: Initial Radiocarbon Dates", en *European Journal Of Archaeology*, vol. 9 (1), p. 7-30.
- PIGGOT, S. (1973): *Ancient Europe from the beginning of Agriculture to Classical Antiquity*, Edinburgh University Press.
- RAMIL SONEIRA, J. y VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1979): "Enterramiento en cista de la Edad del Bronce de "O Cubillón", Xermade (Lugo)", en

- Museo de Pontevedra, T. XXXIII, p. 3-8.
- RASMUSSEN, P. (1990): "Leaf Foddering of Livestock in the Neolithic Archaeological Evidence from Weier, Switzerland", en *Journal of Danish Archaeology*, núm. 8, p. 51-71.
- RASMUSSEN, P. (1993): "Analysis of Goat/Sheep Faeces from Egolzwil 3, Switzerland: Evidence from Branch and Twig Foddering of Livestock in the Neolithic", en *Journal of Archaeological Science*, núm. 20, p. 479-502.
- RÍOS, P. Y LIESAU, C. (2001): "Elementos de adorno, simbólicos y colorantes en contextos funerarios y singulares", en *Yacimientos calcolíticos con campaniforme de la región de Madrid: nuevos estudios*, (C. BLASCO, C. LIESAU Y P. RÍOS, eds.), Universidad Autónoma de Madrid, Patrimonio Arqueológico de Madrid, núm. 6, p. 357-370.
- ROBERTSON-MACKAY, M. E. (1980): "A 'Head and Hooves' Burial beneath a Round Barrow, with other Neolithic and Bronze Age Sites on Hemp Knoll, near Avebury, Wiltshire", en *Proceedings of the Prehistoric Society*, núm. 46, p. 123-176.
- RODRÍGUEZ, F. (1984): *Transformación y crisis de un espacio de montaña: el concejo de Lena*, Lena, Asturias, Ed. Ayuntamiento de Lena.
- ROJO GUERRA, M. A., KUNST, M., GARRIDO PENA, R., GARCÍA MARTÍNEZ, I. Y MORÁN DAUCHEZ, G. (2005): *Un desafío a la eternidad: tumbas monumentales del valle de Hambrona*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- SALANOVA, L. (1998): "Le Statut des assemblages campaniformes en contexte funéraire: la notion de 'bien de prestige'", en *Bull. Soc. Préhistorique Française*, vol. 96, núm. 3, p. 315-326.
- SAMANIEGO BORDIU, A., JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J. F. Y GÓMEZ BARRERA, J. A. (2002): *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria): espacio y simbolismos en los inicios de la Edad del Bronce*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- SAMIVEL (1984): *Hommes, cimes et dieux*, París, Ed. Arthaud.
- SANTAMARÍA, D., RASILLA, M. DE LA, MARTÍNEZ, L. Y TARRINO, A. (2011): "Las herramientas y su interpretación cultural y económica", en *La cueva del Sidrón (Borines, Piloña, Asturias), Excavaciones Arqueológicas en Asturias, Monografías 1*, Oviedo, Principado de Asturias, p. 137-145.
- SCHÜLE, W. (1980): *Orce und Galera*, I. Verlag Philipp Von Zabern. Mainz am Rhein.
- SHERRAT, A. (1995): "Instruments of Conversion? The Role of Megaliths in the Mesolithic/ Neolithic Transition in North-West Europe", *Oxford Journal of Archaeology*, núm. 14 (3), p. 245-260.
- SIRET, E. Y L. (1890): *Las primeras edades del metal en el sudeste de España*, Barcelona.
- SMART, T. L. Y HOFFMAN, E. S. (1988): "Environmental Interpretation of Archaeological Charcoal", en *Current Paleoethnobotany* (HASTORF Y POPPER, eds.), The University of Chicago Press.
- SORIANO, I. Y GUTIÉRREZ, C. (2009): "Use Wear Analysis on Metal: the Influence of Raw Material and Metallurgical Production Processes", en *Archaeometallurgy in Europe 2007*. 2nd International Conference. Selected Papers. Grado-Aquileia. Associazione Italiana di Metallurgia, p. 114-124.
- SUTER, P., HAFNER, A. Y GLAUSER, K. (2005): "Präistorische und frühgeschichtliche Funde aus dem Eis-der wiederentdeckte Pass über das Schnidejoch", en *Archäologie der Schweiz*, vol 28, 4, p. 16-23.
- TAYLOR, J. J. (1978): "The Relationship of Early Bronze Age Goldwork to Atlantic Europe", en *The Origins of Metallurgy in Atlantic Europe*, Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium, (ed. of M. RYAN), Dublin, Stationery Office, p. 229-250.
- TEIRA MAYOLINI, L. C. (1994): *El megalitismo en Cantabria. Aproximación a una realidad arqueológica olvidada*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- THIÉBAULT, S. (2005): "L'Homme, la Végétation et la Montagne au Néolithique", en *Populations néolithiques et environnements* (J. Guilaine, dir.), Paris, Errance, p. 243-258.

- TURECK, J. Y ČERNÝ, V. (2001): "Society, Gender and Sexual Dimorphism of the Corded Ware and Bell Beaker Populations", en *Bell Beakers Today. Pottery, People, Culture, Symbols in Prehistoric Europe*, Proceedings of the International Colloquium Riva del Garda (Trento, Italy), vol II, p. 601-612.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1980): "Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en Galicia", en *Pontevedra 0*, p. 23-40.
- VIDAL ENCINAS, J. M., PRADA MARCOS, M^a. E., FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. Y FUERTES PRIETO, N. (2010): "Los hombres mesolíticos de la Braña-Arintero (Valdelugeros, León): el hallazgo, situación, aspectos arqueo-antropológicos, cronología y contexto cultural", en *Los hombres mesolíticos de la Braña-Arintero (Valdelugeros, León)*, (J. M. Vidal y M^a. E. Prada, eds.), Museo de León. Junta de Castilla y León, p. 17 y 61.
- ZAPATA PEÑA, L. (1999): "El combustible y la agricultura prehistórica: estudio arqueobotánico de los yacimientos de Arenaza, Kampanoste Goikoa y Kobaederra", en *Isturitz*, núm. 10, p. 305-337.